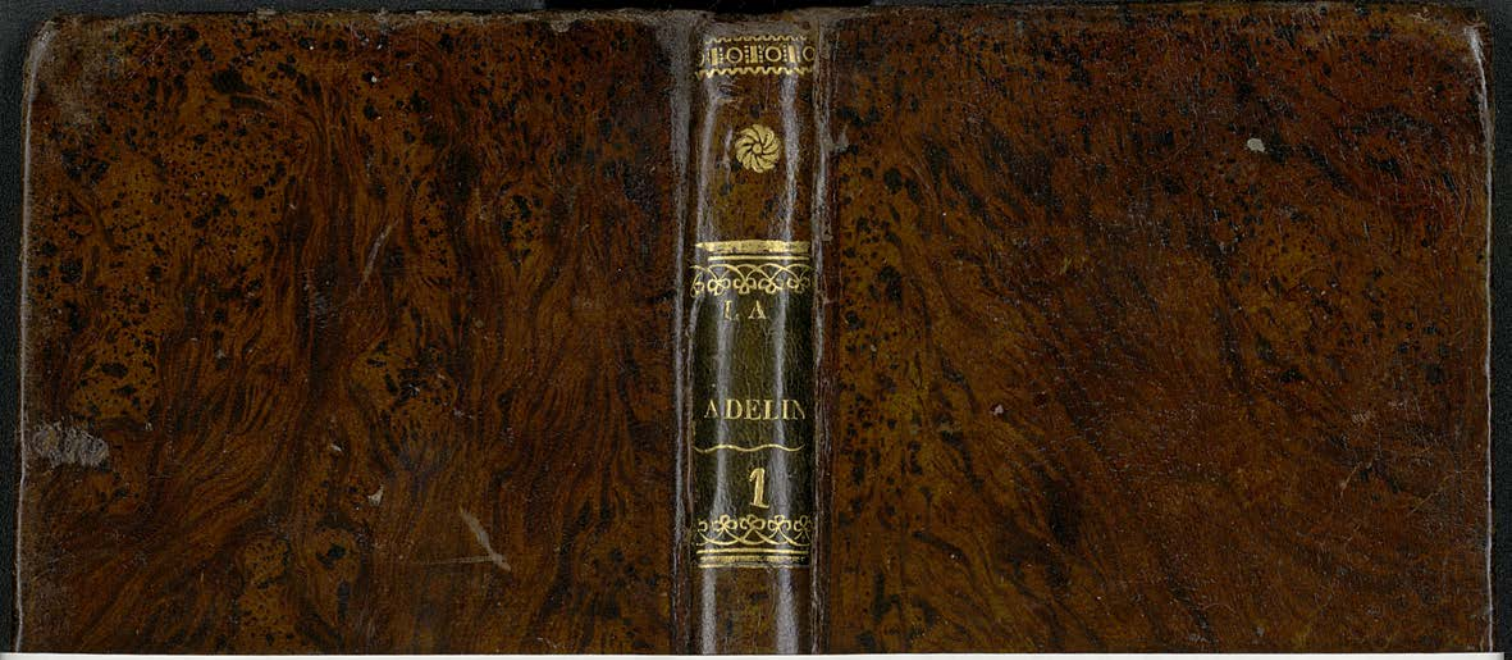

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
1355

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500757240

LA

ADELIN

1

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/1355 v.1
0500757240

ADELINA.

Imprenta de J. Sancha; calle de la
Concepcion Gerónima, n.º 31.

Imprenta de I. Sancha; calle de la
Concepcion Gerónima, n.º 31.

¿Quereis partir ó permanecer aqui?
En este caso ya sabeis las condiciones.

Tom. 1.º Pag. 22.

ADELINA,

ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR

Mis Ana de Radcliff,

Autora de *Julia ó los Subterráneos del Castillo de Mazini* y de otras muchas obras.

LA PUBLICA EN ESPAÑOL

F. Santiago de Alvarado y de la Peña,

Escribano de S. M. y del Ilustre Colegio de Madrid, Traductor y Reformador de la Enciclopedia de la Juventud: *Autor de los* Elementos de la Historia general de España desde el Diluvio al año de 1826. *Editor de otras varias obras de jurisprudencia y literarias.*

TOMO I.

MADRID:

Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de la Concepcion Gerónima, n.º 3.

1830.

Guillermo Ruiz Barreto.

EL TRADUCTOR.

Ofrezco al Público una Novela, ó mas bien una Historia verdadera (*) de las mas célebres y singulares que se han escrito hasta ahora por su argumento, y de las que mas pueden interesar á los lectores, teniendo siempre en suspenso su imaginacion esperando su prodigioso desenlace, y presentando á cada página un nuevo suceso extraordinario que no pueden adivinar en lo que vendrá á parar.

Ademas de esta singularidad, encierra esta obra la moral mas pura y cristiana, y es sumamente útil para desterrar los terrores vanos y ridículos

(*) Véase la coleccion de *Causas célebres* de Mr. Guyot de Pitaval.

que atormentan á ciertas personas cuya educacion primera ha sido descuidada ó llena de preocupaciones, hijas de la ignorancia; demostrándonos que á veces ciertos sucesos, al parecer sumamente extraordinarios é increibles, que nos causan espanto, si los observamos á sangre fria y sin prevencion, descubrimos que son en sí muy naturales y sencillos. Los que contiene esta Obra son de esta clase y tienen ademas la doble ventaja de manifestarnos los medios raros y desconocidos de que Dios se vale para arrancar el velo á la hipocresía y descubrir un crímen, un asesinato horroroso que parece ser impenetrable para siempre y deber quedar sepultado en las tinieblas de los subterráneos desconocidos de un edificio gótico, abandonado en medio de una vasta Selva. La Providencia divina descubre, pues, á los malvados que le han cometido, y cuya vida es una ca-

dena no interrumpida de los mas atroces delitos, entregándolos por medios incomprensibles en manos de la justicia humana para que los espien.

Tambien vemos en esta Obra dos jóvenes virtuosos y sensibles, Adelina y Teodoro, perseguidos por cuantos medios estan al alcance del vicio unido al poder y á la intriga. El lector desde luego, no puede menos de interesarse vivamente en su suerte, compadecer sus desgracias y temblar á cada momento por ellos, viéndolos próximos á ser víctimas de sus infames perseguidores. ¡Pero qué consuelo, qué alegría no recibe cuando al fin vé triunfar su virtud, recibiendo la recompensa debida á su constancia y á sus infortunios, quedando sus enemigos castigados y confundidos, y ellos en la mas completa felicidad!

En fin, seria largo y fastidioso el querer manifestar aquí el mérito de

esta Obra: el nombre solo de su autora es bastante para darlo á conocer, y yo me abstengo de ser mas prolijo en este prólogo. Mis lectores sabrán mucho mas bien que yo conocer el mérito de la Novela que se les presenta; y asi á su voto me remito.

ADELINA,

ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

CAPITULO PRIMERO.

«Una vez apoderado del alma el sórdido interes, hiela en ella todas las fuentes de los sentimientos honestos y tiernos; pues no menos enemigo del gusto que de la virtud, pervierte al uno y aniquila á la otra. Sí, amigo mio, quizá vendrá algun dia en que desapareciendo de la tierra la avaricia deje recobrar sus derechos á la humanidad.»

En tales términos hablaba el abogado Nemours á Pedro La-Motte acompañándole hácia la media noche hasta el coche que iba á alejar á éste de París, y sustraerle á las persecuciones de sus acreedores.

La-Motte le da gracias por esta última

prueba de amistad que le dispensa favoreciendo su evasion. Pronuncia un triste á Dios..... El coche parte: la obscuridad de la noche que le rodea y lo crítico de su situacion le sumergen en la distraccion mas profunda.

Todos los que han leido á Guyot de Pitaval (*), el mas fiel de cuantos compiladores han recogido y publicado las *Causas célebres*, seguidas ante el Parlamento de París en el siglo último, no dejarán de acordarse de la singular historia de Pedro La-Motte y el marques Felipe de Montalto. Pues bien: el personage principal que aquí se les presenta es el mismo Pedro La-Motte.

La esposa de éste, apoyada sobre la portezuela del coche, echa una última mirada sobre las sombras obscuras de los edificios de París..... ¡París! ¡el teatro de su pasada felicidad y la morada de sus numerosos amigos! El valor que hasta entonces, la habia sostenido, cede á la fuerza del dolor. "¡A Dios todo! esclama, dando un profundo suspiro; acabada esta última ojeada, ya estamos separados para siempre!....." Las lágrimas inundan su rostro; y deján-

(*) Autor ó editor de las *Causas célebres*.

dose caer dentro del coche se resigna al silencio del dolor. La memoria de lo pasado pesaba cruelmente sobre su alma: algunos meses antes rica, respetada y rodeada de amigos que solo deseaban agradarla; en el dia despojada de todo, desterrada miserablemente del lugar de su nacimiento, sin asilo, sin socorro..... y casi sin esperanza!..... Ademas, no era uno de sus menores pesares el de verse precisada á dejar á París sin haber visto á su hijo único, que se hallaba á la sazon con su regimiento en Alemania, é ignoraba su residencia, y aun cuando la hubiese sabido, no hubiera tenido tiempo de escribirle ni de informarle del trastorno ocurrido en la fortuna de su padre.

Pedro La-Motte era un caballero descendiente de una antigua casa de Francia; la naturaleza no le habia destinado al crímen; pero sus pasiones triunfaron alguna vez de su razon: conduciéndose mas por sentimientos que por principios, incapaz de resistir á las seducciones del vicio y á los atractivos de la ocasion, fue criminal varias veces; pero en medio de sus mayores desórdenes aun se inclinaba á la virtud, á lo menos por sus remordimientos.

Se habia casado muy jóven con la amable y bella Constancia Valencia, de igual nacimiento al suyo, y de una fortuna superior: sus bodas fueron celebradas bajo los auspicios de un concurso aprobador y complaciente de personas ilustres: el corazon de Constancia era enteramente de su marido, y por algun tiempo tuvo en este un esposo apasionado; pero seducido despues por las delicias de París, muy pronto se abandonó á ellas esclusivamente, y al cabo de algunos años su fortuna y su ternura se desvanecieron casi á un mismo tiempo en el seno de la disipacion. Un falso amor propio obró siempre contra sus intereses y le retrajo de una honrosa retirada de estos desórdenes y de un recogimiento, cuando aun era posible; las antiguas y envejecidas costumbres le encadenaban á sus primeros placeres; y así, continuando en un plan de vida tan dispendioso, habia agotado todos los medios de prolongarlos. Al fin, salió de la seguridad letárgica en que se encontraba; pero fue solo para arrojarse en nuevos estravíos, y tentar de reparar su fortuna por medios que le sumergieron mas y mas en el abismo de la desgracia. Las consecuencias pues

de haberse enredado en un asunto con esta intencion, le arrastraban entonces con el corto resto de lo que poseía, á un destierro lleno de peligros y deshonra.

La-Motte se proponia pasar á una provincia meridional, y buscar un asilo en las fronteras del Reino en algun lugar obscuro y retirado: su familia se componia de su esposa, un criado y una criada fieles que seguian la suerte de sus amos.

La noche era obscura y tempestuosa. Habiéndose alejado ya cerca de tres leguas de París, el criado Pedro, que hacia de postillon, despues de correr algun tiempo por un matorral en que se cruzaban muchas sendas, se detiene para manifestar á La-Motte su incertidumbre sobre cuál seguiria. La repentina inmobilidad del coche saca á La-Motte de la distraccion en que se encuentra, y le hace temblar de ser perseguido: no se hallaba en estado de indicar la verdadera direccion que debia seguirse, y en la obscuridad espantosa que reinaba, habia sumo peligro en ir mas adelante sin haber hallado un camino cierto. Durante esta perplegidad percibieron una luz á alguna distancia; y despues de haber dudado un poco, La-Motte se apea y se encamina

solo y á pie hácia la parte de donde venia aquella, con la esperanza de hallar algun auxilio. Camina despacio temeroso de caer en algun barranco. La luz salia de la ventana de una casa antigua situada en el matorral á una milla de distancia.

Habiendo llegado á la puerta, se detiene por algun tiempo y escucha con una temerosa emocion.... No se oye ningun ruido mas que el que hacia resonar el viento en esta soledad. Al fin se aventura á llamar al cabo de pocos instantes, durante los cuales distinguió claramente muchas voces en conversacion. Un hombre desde adentro pregunta qué buscaba ó lo que se le ofrecia; y La-Motte responde que es un viagero estraviado que desea se le enseñe el camino del lugar mas cercano. "Estais de él á siete millas, le replican; el camino es muy malo, y os costará gran trabajo el encontrarlo: sino necesitais mas que una cama, aquí la encontrareis y hareis mucho mejor en quedaros."

La terrible tempestad que principiaba á descargar entonces con la mayor furia, y que cada vez iba en aumento, hizo inclinarse á La-Motte á no pasar mas adelante hasta que viniese el dia; pero curioso de

ver á la persona con quien hablaba antes de aventurarse á esponer su familia haciendo acercarse el coche, pide que se le abra la puerta y se le introduzca en la casa.

Con efecto se abre aquella por un hombre corpulento con un candil en la mano, el cual suplica á La-Motte que entre, y verificándolo éste, le conduce por un tránsito á una sala casi sin otros muebles que una mala cama tendida en el suelo en un rincon. El miserable y abandonado aspecto de esta pieza causa á La-Motte un temblor involuntario, y ya se volvia para salir de ella, cuando de repente el hombre que le habia abierto, le obligó á entrar, y en seguida oye cerrar tras de sí la puerta. Esto desalienta á La-Motte: sin embargo hace un esfuerzo desesperado, pero inútil, para forzar la puerta, y dá grandes voces para que se le abra, mas no se le responde: no obstante aplica el oido, y percibe en otro cuarto mas alto la voz de muchos hombres. No dudando de que su intencion fuese la de robarle y asesinarle, se llena de un terror tal que le turba su razon. A la luz de unos tizones medio apagados descubre una ventana; pero la esperanza que hace nacer en su corazon este descubrimiento, se desva-

nece al punto, pues que la ventana está defendida por unas gruesas barras de hierro. Semejante precaucion admira á La-Motte y le confirma en sus temores..... Solo, sin armas..... y sin probabilidad de socorro alguno, se veia en poder de gentes que verisímilmente no tenian otro oficio que el robo y el asesinato. Despues de haber pensado todos los medios posibles que podria tomar para escaparse, viendo que eran inútiles, se esforzó á esperar el fin de este acontecimiento con serenidad y firmeza, á pesar de que esta era una virtud que apenas conocia La-Motte.

Las voces habian cesado, y toda la casa quedó en tranquilo silencio por espacio de un cuarto de hora: en el intervalo que dejaban las sacudidas del viento, cree oir llantos y suspiros de una muger: presta con atencion el oido y se confirma en su conjetura; pues evidentemente eran la espresion del dolor.

Con esta certeza La-Motte pierde el poco de valor que le habia quedado, viniéndole al pensamiento con la velocidad del relámpago una terrible sospecha: probablemente habia sido descubierto su coche por las gentes que habitaban aquella casa, y para

robarle se habian apoderado de su criado y conducido allí á Madama La-Motte; y lo que sobre todo le hacia creer que hubiese sucedido esto así, era el silencio que habia reinado algun tiempo antes de los gemidos que acababa de oir. Tambien era posible que los que habitaban la casa no fuesen ladrones, sino personas á las cuales podia haber sido vendido La-Motte por un pérfido amigo ó por su criado, y apostadas allí para entregarle en manos de la justicia: sin embargo, le costaba trabajo sospechar de la sinceridad del amigo á quien habia confiado el secreto de su fuga con el plan de su direccion, y que le habia proporcionado el coche para verificarla. "No, esclamó La-Motte, este esceso de depravacion y de maldad no puede existir en la naturaleza humana, y mucho menos en el corazon de Nemours."

Esta esclamacion fue interrumpida por un ruido en el tramo ó paso que conducia al cuarto: este ruido se acerca; la puerta se entreabre..... y el hombre que habia encerrado á La-Motte entra en la pieza trayendo, ó mas bien arrastrando por la fuerza, una hermosa jóven como de edad de unos diez y ocho años: su rostro estaba lleno de lágrimas, y parecia abismada en su dolor.

El hombre cierra la puerta y se mete la llave en el bolsillo: en seguida se acerca á La-Motte, que ya habia visto otras personas á la parte de afuera, y poniéndole una pistola al pecho, "estais absolutamente en nuestro poder, le dice, y privado de todo socorro; si quereis salvar vuestra vida, jurad conducir á esta jóven á una parte donde yo no pueda volverla á ver jamás; ó mas bien consentid en llevarla con vos, porque no creeré en vuestro juramento, y por lo mismo cuidaré de que jamás volvais á encontrarme..... Responded pronto, pues no teneis mucho tiempo que perder."

Á estas palabras, toma por la mano á la jóven, llena de terror, y la presenta á La-Motte, que de admiracion habia enmudecido. La jóven se arroja á sus pies, y con ojos suplicantes, y que vertian un torrente de lágrimas, le pide se apiade de ella. A pesar de la agitacion en que se encontraba La-Motte, le fue imposible contemplar con indiferencia tantas gracias y tanta belleza: su juventud, su inocencia sin duda, y en fin, la energía de su actitud movieron fuertemente su corazon: iba á hablar, cuando el malvado que habia traido allí á la jóven, tomando el silencio de la sorpresa por el de

la indecision, se anticipa á hacerlo, diciendo á La-Motte: "Tengo un caballo pronto para alejaros de aquí, y yo os conduciré al matorral: sí volviéseis á parecer ántes de una hora, vuestra muerte es cierta: pasado este plazo sois dueño de venir cuando gusteis."

La-Motte, sin responderle, levanta á la jóven y trata de disipar sus temores; tan recobrado se hallaba de su propio terror. "Partamos, dice el malvado, y dejémonos de niñerías, podeis teneros por feliz de veros libre á tan buen precio: voy á preparar el caballo."

Estas últimas palabras chocan á La-Motte: y vuelven á sumergirle en nuevos temores no se atrevia á hablar del coche por miedo de que los bandidos intentasen robarle; y partir á caballo con este, podia conducirle á mayores riesgos todavía. Por otro lado, Madama La-Motte, cansada y llena de inquietud, enviaria probablemente á la casa á saber de su marido; y esto era añadir al primer peligro, el de verse separado de su familia, el riesgo de ser descubierto por los emisarios de la justicia si trataba de reunirse con aquella. Mientras pasaban en el alma de La-Motte estas reflexiones con una tumultuosa rapidez, se oye un nuevo ruido

en el tramo esterior del cuarto, el cual es seguido de un grande alboroto, y al punto reconoce aquel la voz de su criado, á quien Madama La-Motte habia con efecto enviado á buscarle. Resuelto á confesar lo que no podia disimular por mas tiempo, grita La-Motte fuertemente, diciendo serle inútil un caballo, porque habia á corta distancia un coche que los conduciria fuera del matorral, y que aquel hombre que se habia cogido era su criado.

El facineroso habla á La-Motte desde fuera de la puerta diciéndole tuviese paciencia, que muy pronto se le daria noticia de lo que deseaba saber. Entonces La-Motte vuelve los ojos hácia su desgraciada compañera, que pálida y desfigurada se apoyaba contra la pared para sostenerse: el dolor daba á sus bellas y delicadas facciones una espresion encantadora de dulzura: un trage de camelote gris y de manga corta mostraba sus hermosos brazos sin adorno alguno: su corsé estaba abierto, y una parte de sus cabellos caia desordenadamente sobre su garganta y pecho, del cual poseida de su turbacion habia dejado caer el ligero velo que le cubria. Cada mirada que La-Motte echaba sobre ella, le causaba una

nueva sorpresa, y le interesaba mas y mas en su favor: tantas gracias en contraste con el desaliño y abandono de la casa y los groseros modales de sus huéspedes, le parecian mas bien una situacion de novela que una verdadera aventura. Trató pues de tranquilizar á la jóven: la espresion de su piedad era demasiado síncera para que pudiese ser mal interpretada por ella, y así es que su terror se convirtió por grados en reconocimiento.

"¡Ah señor! le dice la jóven beldad; el cielo os envia á mi socorro, y os recompensará seguramente la proteccion que me dispensais; sino hallo en vos un amigo, ya no lo hay para mí en el mundo."

La-Motte la aseguraba de su afecto, y de que la favoreceria siempre en cuanto pudiese, cuando fue interrumpido por la vuelta del facineroso. Aquel pide á éste le conduzca adonde está su familia. "Cada cosa á su tiempo, le responde, ya he cuidado de ella y tambien cuidaré de vos, voto á tal, tranquilizaos."

Este lenguage renueva los terrores de La-Motte, y así pregunta con viveza si su familia está en seguridad: "¡Oh! en cuanto á eso yo respondo, y al momento vais á

reuniros con ella; pero no esteis toda la noche *parlamentando. ¿Quereis partir ó permanecer aqui? En este caso ya sabeis las condiciones.*"

En fin, se vendan los ojos á La-Motte y á la jóven, á quien hasta entonces habia impedido de hablar el terror: se pone á cada uno en su caballo: montan dos hombres á la gurupa de ellos y parten á galope. Al cabo de una media hora que habian corrido de este modo, La-Motte pregunta con instancia ¿á dónde iban? "A su tiempo lo sabreis, dice el malvado, estad tranquilos." Viendo La-Motte que las preguntas eran inútiles, continuó guardando silencio. Por último, paran los caballos: su conductor llama: varias voces le responden á alguna distancia: mas luego se oye un ruido de coche, y en seguida las palabras de un hombre que indica á Pedro el camino que debe seguir: se acerca el coche: llama La-Motte, y ¡oh alegría inesplicable! su esposa le responde.

"Ya os hallais fuera del matorral, dice el facineroso, y podeis tomar el camino que querais; pero si volveis de aquí á una hora sereis saludado por un par de balazos." La advertencia era seguramente bien supérflua para La-Motte. Se pone á este en libertad: la jóven suspiraba profundamente al subir en el coche, y los bandidos, despues de haber gratificado á Pedro con algunas instrucciones y muchas amenazas, esperaban verle partir y no tuvieron que aguardar mucho tiempo.

La-Motte puesto en camino hace al punto una corta relacion de lo que habia pasado en la casa, comprendiendo en ella el modo con que se le habia presentado la jóven estrangera. Durante su discurso ésta daba unos sollozos convulsivos que fijaron la atencion de Madama La-Motte, á la cual por grados la compasion que esperimentaba hacía que se interesase por ella y tratase de calmar su espíritu. Esta jóven desgraciada respondió á sus bondades con espresiones tan sencillas como francas, y de repente volvió á sumergirse en el silencio y en las lágrimas. Madama La-Motte se abstuvo por el momento de hacerla ninguna pregunta que se dirigiese á descubrir sus relaciones, ó que pareciese exigir una esplicacion de la última aventura, que la daba un nuevo motivo de reflexion: el sentimiento de sus propios infortunios pesaba con menos fuerza sobre su alma: la

amargura del mismo La-Motte se suspendió por algun tiempo: reflexionaba sobre esta estraña escena y se perdia en sus conjeturas: su embarazo actual y las nuevas inquietudes que esta aventura quizá iba á causarle, le dieron al principio algun disgusto; pero la belleza de *Adelina* (que este era el nombre de la jóven) sus gracias tan espresivas, y el candor de la inocencia esparcido sobre toda su persona, obraron tan fuertemente sobre el corazon de La-Motte, que se resolvió á tomarla bajo su proteccion.

Las tumultuosas emociones que se habian levantado en el corazon de Adelina principiaban ya á calmarse: su terror era ya solo inquietud, y su desesperacion languidez. Una evidente simpatía con el modo y carácter de sus compañeros, y sobre todo con el de Madama La-Motte, tranquilizaba su alma y la animaba á esperar dias mas felices.

La noche se pasó en un triste silencio; porque los viageros estaban demasiado absortos en sus penas para pensar en trabar conversacion. Al fin pareció el alba tan deseada, y con ella se hizo un mas amplio conocimiento entre los estrangeros. Adelina

se consolaba en los ojos de Madama La-Motte, que frecuentemente la miraba con atencion, y notaba que habia visto pocas fisonomías tan distinguidas, ni unos modales tan interesantes: la languidez del sentimiento derramaba sobre sus facciones una gracia melancólica que pasaba en seguida al corazon, y en sus ojos azules habia tal dulzura que descubrian una alma la mas inteligente y sensible.

En este momento La-Motte mira por la portezuela del coche con inquietud para reconocer el campo y cerciorarse de que no se le perseguia: pasea la vista hácia el mediodia, pero no ve á nadie: en fin, el sol dora las nubes del Oriente y las cimas de las colinas mas altas, y muy luego obstenta sus rayos en todo su esplendor. Los temores de La-Motte principian á disiparse y á suavizarse las penas de Adelina: marchan por un camino entre dos setos y cubierto en forma de emparrado por los árboles, cuyas ramas mostraban el verde naciente de los botones de la primavera que brillaban con el rocío: el céfiro de la mañana reanima los espíritus de Adelina: su alma era sensible á las bellezas de la naturaleza: al mirar el rico esmalte de la yer-

ba, el tierno verdor de los árboles, y percibiendo por los intervalos de las alturas una vista de paisage muy variado, adornado de bosques, disminuyéndose á lo lejos hasta convertirse al parecer en montañitas azuladas que limitaban el horizonte, su corazon se esplayaba y gozaba de un momento de alegría: los encantos de la naturaleza se realzaban á los ojos de Adelina por los de la novedad; pues muy raras veces habia visto el esplendor de una estensa perspectiva, ni la magnificencia de un vasto horizonte, ni aun habia gozado muchas de las bellezas pintorescas de una mas pequeña escena. Su alma no habia perdido en una larga opresion aquel resorte enérgico que resiste á la desgracia, y sin el cual, á pesar de toda la sensibilidad de su gusto original y delicado, las bellezas de la naturaleza, lejos de encontrarla con facilidad, apenas la habrian proporcionado una distraccion pasagera.

En fin el camino torció bajando por la falda de una colina: La-Motte mirando aun con temor por la portezuela, ve ante sí una campiña rasa por la cual se dirigia el camino casi en línea recta, sin que nada pudiese ocultarlo á la vista: esto le hace

concebir nuevos temores; porque desde las alturas en que se encontraba podia observarse su fuga en el espacio de muchas leguas: pregunta al primer paisano que encuentra si hay algun camino por entre las montañas; pero no se hallaba ninguno: tiembla, y Madama La-Motte, á pesar de sus propios temores, trata de tranquilizarlo; pero son vanos sus esfuerzos, y tiene que callar para reflexionar á su vez sobre sus infortunios. Á medida que adelantaban La-Motte miraba frecuentemente el pais que habia atravesado, haciéndole su imaginacion oir algunas veces el ruido de una persecucion distante.

Se detuvieron los viageros para desayunarse en un lugar donde por fin el camino estaba cubierto de bosque, y La-Motte se reanimó.

Adelina parecia hallarse ya tranquila; La-Motte la pidió entonces la esplicacion de la escena de que habia sido testigo la noche anterior: esta peticion renovó todo el dolor de la jóven, que le suspiró con lágrimas la escusase por aquel momento hacer semejante relacion, La-Motte no insistió mas en que la hiciese; pero notó que durante la mayor parte del dia parecia estar

Adelina abismada en la mayor melancolía y abatimiento. Caminaban á la sazon por entre las montañas, y de consiguiente habia menos riesgo de ser vistos: por otra parte La-Motte evitaba entrar en las grandes poblaciones, deteniéndose en las pequeñas solo el tiempo necesario para que descansasen sus caballos. Cerca de las dos de la tarde el camino torció á un profundo valle cortado por un arroyuelo, y coronado de una selva. La-Motte llama á Pedro y le manda caminar á la izquierda hácia un sitio en donde el follage de los árboles formaba un emparrado ó bóveda muy espesa. Aquí se apea con su familia, y habiendo tendido Pedro sobre la yerba las provisiones que traian, se sentaron é hicieron una comida que hubieran tenido por muy deliciosa en otras circunstancias. Adelina se esforzaba á sonreir; pero en este momento una indisposicion vino á aumentar sus penas y su languidez: la violenta agitacion de espíritu, y la fatiga del cuerpo que habia esperimentado en el espacio de las veinte y cuatro últimas horas, habian aniquilado sus fuerzas; y así cuando La-Motte la volvió á conducir al coche, un violento temblor ocupaba toda su persona; pero sin

embargo Adelina no se quejó en lo mas mínimo, y antes por el contrario, habiendo observado por largo tiempo el abatimiento de sus compañeros, hizo un débil esfuerzo para reanimarlos con su conversacion. Continuaron caminando todo el resto del dia sin accidente ni interrupcion alguna, y cerca de tres horas despues de puesto el sol llegaron al pequeño lugarejo de Monville donde La-Motte resolvió pasar la noche. Todos los de la comitiva tenian realmente necesidad de descanso, y cuando pusieron el pie en tierra, su palidez y sus miradas abatidas y como espantadas eran demasiado visibles para que no las notasen las gentes de la posada. Luego que estuvieron prontas las camas, Adelina se retiró á su aposento, acompañada de Madama La-Motte, que, por el interés que habia tomado por esta bella estrangera, tentaba todos los medios de tranquilizarla. Adelina lloraba en silencio, y tomando la mano de aquella la apretaba contra su corazon: no eran estas lágrimas solamente las del dolor, sino mezcladas con las de un corazon reconocido cuando encuentra una imprevista simpatía. Madama La-Motte comprendió bien estas lágrimas, y despues de algu-

nos instantes de silencio renovó sus protestas de amistad, y pidió á Adelina le diese toda su confianza; pero evitó cuidadosamente tocarla nada sobre el motivo que tan cruelmente la habia afectado. Adelina encontró al fin espresiones para acreditarla su sensibilidad á tantas consideraciones como tenia con ella, y esto de un modo tan franco y natural que Madama La-Motte, sintiéndose demasiado conmovida, despidiéndose de ella se retiró.

El siguiente dia impaciente La-Motte por marchar, se levantó muy temprano: todo estaba pronto para partir y ya hacia algun tiempo que aguardaba el desayuno; pero sin embargo Adelina no parecia. Madama La-Matte entra en el cuarto de aquella y la encuentra sumergida en un sueño agitado: su respiracion era corta é irregular: se estremecia frecuentemente; varias veces suspiraba, y algunas tartamudeaba una frase sin conexion alguna. Mientras que Madama La-Motte fijaba una mirada de interés sobre su lánguida actitud, Adelina despierta y la alarga una mano que abrasaba en fuerza de la fiebre que la consumía: no habia dormido en toda la noche, y como tratase de levantar su cabe-

za atormentada de una fuerte jaqueca, la acometió un aturdimiento tal, que hallándose muy mala tuvo que volver á echarla en la almohada.

Madama La-Motte muy asustada por la doble conviccion de que Adelina no podia sostener el viage, y de que el retardarlo podria ser funesto á su marido, vino á confiar á éste sus temores. Mas facil es imaginarse la consternacion de La-Motte que describirla: veia todos los riesgos é inconvenientes de la demora, y al mismo tiempo no podia despojarse de los sentimientos de humanidad hasta el punto de abandonar á Adelina al cuidado ó mas bien á la negligencia de personas estrañas. Al punto hizo venir á un médico que le dijo que aquella tenia una ardiente calentura, y que en este estado un movimiento podia ser mortal. La-Motte en vista de semejante declaracion resolvió pues esperar el fin de este acaecimiento, esforzándose á calmar los accesos de terror que por intervalos le acometian, viviendo prevenido y pasando la mayor parte del dia fuera del lugar en un sitio desde donde descubría una gran estension de camino: no obstante, el verse á dos pasos de su perdicion por la enferme-

dad de una jóven desconocida, de la cual acababa de encargarse por la fuerza, era tan gran desgracia para él que no tenia bastante filosofía para resignarse con calma con tal suerte.

La fiebre de Adelina continuó aumentándose todo el dia; y por la noche, cuando el médico se retiró, dijo á La-Motte que su suerte se decidiria bien pronto. Este no pudo menos de conmoverse vivamente al oir el peligro en que aquella jóven se hallaba: sus gracias y su inocencia habian triunfado de las circunstancias poco favorables que la rodeaban cuando se la entregaron los bandidos; y seguramente La-Motte en aquel momento sentia menos el entorpecimiento que podria ocasionarle Adelina en lo sucesivo, que la poca esperanza que le daban de su curacion.

Madama La-Motte la cuidaba con la mas tierna inquietud, admirando su paciente tranquilidad y su dulce resignacion; y Adelina la daba pruebas de su reconocimiento con usura, figurándose que jamas podia ser lo bastante. "Bien jóven todavia y abandonada por todos aquellos cuya proteccion tenia derecho á reclamar, no tengo nadie que me interese ni me haga sentir el

dejar la vida, sino la esperanza que me habia formado de la deliciosa que habia de pasar con vos. Si vivo, mi conducta os hará conocer los sentimientos que me inspiran vuestras bondades mejor que las palabras, pues estas son una muy débil prueba de aquellos."

La dulzura y la suavidad de las acciones de esta jóven, se habian atraido de tal modo el amor de Madama La-Motte, que ésta espiaba la crisis de su enfermedad con una inquietud y cuidado que escluia todo otro interés. Adelina pasó una noche muy agitada, y cuando el médico volvió por la mañana, mandó que no se la negase nada de cuanto pidiese; respondiendo á las preguntas que le hizo La-Motte sobre el estado de la enfermedad y su resultado, con una franqueza que no dejaba ninguna esperanza de que fuese bueno.

No obstante, despues de haber tomado en abundancia ciertas bebidas calmantes, la enferma durmió muchas horas sin interrupcion con un sueño tan profundo, que solo la respiracion era la que daba señales de su existencia. Al fin despertó sin calentura y sin mas mal que una debilidad suma; pero en pocos dias recobró tan bien

sus fuerzas, que se halló en estado de partir con La-Motte para B....., lugar situado fuera del camino real, del que creyó conveniente desviarse. En este pueblo pasaron nuestros viageros la noche siguiente, y por la mañana muy temprano se pusieron en camino, continuando su viage por medio de una campiña agreste y fragosa, hasta cerca del medio dia que pararon en un lugar aislado donde descansaron y tomaron instrucciones para atravesar la vasta *selva de Fontanville*, en cuya orilla se hallaban á la sazon. La-Motte pensó en un principio tomar guia; pero dejó de hacerlo porque temió el peligro de descubrir su direccion y no esperaba sacar grandes ventajas de una asistencia estraña ó desconocida en unas campiñas incultas y solitarias. Proyectó entonces el pasar á Leon, desde donde podria buscar en sus inmediaciones un sitio retirado en que ocultarse, ó bien embarcarse en el Ródano para irse á Ginebra si el rigor de su situacion le obligaba algun dia á dejar la Francia. Era, como hemos dicho, cerca de medio dia y La-Motte deseaba adelantar en su camino para poder pasar la espresada Selva y llegar antes de la noche á un lugar situado al estremo opuesto; por lo

mismo, despues de haber tomado algunas provisiones necesarias en el camino, volvieron á partir y muy luego entraron en aquella.

Esto era á fines de abril, y por consiguiente hacía un tiempo muy templado y sereno. La frescura embalsamada que exhalaban en los aires los primeros perfumes de la vegetacion: el suave calor del sol, cuyos rayos vivificaban los matices de la naturaleza y desenrollaban las flores de la primavera; todo reanimaba á Adelina comunicándola la vida y la salud. Respirando el blando céfiro, parecian renacer sus fuerzas, y paseando la vista por entre los claros de los árboles, de que estaba lleno el bosque, esplayándose su corazon gozaba de una delicia inesplicable; pero cuando, apartando sus ojos de estos objetos, los volvia hácia La-Motte y su esposa, cuyos tiernos cuidados la habian vuelto á la vida, y en sus semblantes leia el afecto y estimacion que la profesaban, su pecho se llenaba de dulces afecciones, y el corazon la palpitaba de reconocimiento.

Continuaron de este modo su viage todo el resto del dia sin ver una habitacion, ni aun una miserable choza, y sin hallar una

criatura humana: el sol iba á ponerse: limitábase la vista hácia todas partes por la selva, y La-Motte principió á recelar que su criado no hubiese errado el camino. Éste, si se puede llamar tal á una especie de senda ó rastro hecho sobre la yerba, se hallaba cubierto algunas veces de plantas frondosas, y otras obscurecido por la maleza y las sombras de los árboles. Por último, Pedro se para por no reconocer ya ni aun este rastro de camino: La-Motte temblaba al verse de noche en una selva tan silvestre y solitaria, y porque ademas tenia un temor horrible á los ladrones: manda pues á Pedro que avance á todo trance, y que sino hallaba senda ó camino señalado, tratase de salir á algun sitio de la selva mas descubierto. Pedro avanza; pero despues de haber caminado algun tiempo sin descubrir mas que claros, tallares y senderos en el bosque, por los cuales no se podia caminar, desesperado de salir de él vuelve á detenerse para tomar nuevas órdenes.

El sol se habia puesto ya; pero La-Motte echando una mirada inquieta por la ventanilla del coche, descubre hácia el occidente sobre el horizonte luminoso aun, algunas torres obscuras que sobresalian por

entre los árboles á corta distancia; por lo cual manda á Pedro se dirija hácia ellas. "Si estas torres, dice, son las de algun monasterio, podremos encontrar en él un asilo para esta noche."

El coche caminaba bajo las melancólicas sombras de las ramas: el crepúsculo que pasaba por medio de ellas esparcia en la atmósfera, que aun coloraba, una solemnidad cuya viva sensacion hacia estremecer el corazon de los viageros. La esperanza contenia á estos en el silencio: la escena actual recordaba á Adelina los terribles peligros que habia corrido, y su alma se abria fácilmente al temor de nuevos infortunios. La-Motte se apea cerca de una altura tapizada de verde yerba, donde separándose los árboles mostraban mas de cerca el edificio que se buscaba, y del cual aun no se podia formar sino una idea imperfecta.

CAPITULO SEGUNDO.

La-Motte se aproxima y descubre los restos góticos de una Abadía que se elevaba sobre una especie de terrado ó montecito rústico, á quien hacian sombra unos árboles muy altos y copudos que parecian ser contemporáneos del edificio, esparciéndola igualmente alrededor de él. La mayor parte de éste se hallaba ruinosa, y lo que habia resistido á los ultrages del tiempo, hacia aun mas terrible el aspecto de la fábrica desmoronada. Las almenas, cubiertas de espesa yedra, estaban medio demolidas, y servian solo de retiro y habitacion á las aves nocturnas y de rapiña: entre la alta y verde yerba que ondulaba lentamente movida del blando y fresco céfiro, se veian dispersos grandes trozos y escombros de la torre del Este casi toda arruinada. Sin embargo, aun permanecia entera una puerta gótica adornada de ricos relieves esculpidos en ella, la cual conducia al cuerpo principal del edificio. Sobre el vasto y magnífico

pórtico habia una ventana del mismo órden, en cuyas maderas se veian algunos pedazos de cristales rotos. Imaginando La-Motte que aun podrian habitar este sitio algunas criaturas humanas, se aproxima á la puerta y toca con el formidable llamador, que era un martillo de hierro mazizo: un ruido triste y espantoso resuena en lo interior del edificio, y despues de haber esperado algunos minutos, viendo que nadie respondia, empuja la puerta, la cual cargada del mucho hierro que la guarnecia rechina fuertemente al volverse sobre sus quicios. Entra La-Motte en una gran pieza que le parece haber sido la capilla ó iglesia de la Abadía, en donde en otro tiempo resonaron los cánticos del fervor, ó corrieron las lágrimas de la penitencia. Se detiene un momento, esperimentando cierta especie de impresion sublime mezclada de terror; recorre con la vista la inmensidad del edificio, y al contemplar sus ruinas la imaginacion le hace retrogradar á lo pasado. "¡Estos muros, dice, en otro tiempo asilo de la austeridad que hallaba sobre la tierra un purgatorio anticipado, en el dia vacilan sobre los restos insensibles de los mortales que los levantaron!"

Crece la obscuridad y recuerda á La-Motte que no debe perder el tiempo en meditaciones; pero la curiosidad le induce á proseguir en su investigacion, y no puede menos de ceder á su impulso: camina sobre el enlosado y roto pavimento; el ruido de sus pasos se repite por el eco en el vasto circuito que le rodea; y cree oir la voz misteriosa de los muertos acusar al profano que osa violar de este modo su triste y pacífica mansion.

Desde esta capilla pasa á la nave grande de la iglesia: una de las ventanas mejor conservada que las demas ofrecia á la vista la larga perspectiva de la Selva, y presentaba en todo su esplendor la caida de la tarde y los bellos coloridos de la atmósfera arrebolada, mezclados por imperceptibles gradaciones con el magestuoso azul de la bóveda de los cielos, y que al fin se confundian y perdian totalmente en él; algunas colinas sombrías, cuyos contornos se divisaban aun en la viva claridad del horizonte terminaban el cuadro: muchos pilares que en otro tiempo habian sostenido magníficas bóvedas se veian todavía en pié, como unas orgullosas imágenes de la perecedera grandeza del hombre y sus obras, y

parecia se movian al menor murmullo del viento que soplaba en las ruinas de las otras columnas que yacian esparcidas por el suelo cubiertas de yerba y maleza. La-Motte suspira, y reflexionando sobre sí mismo, dice: "dentro de algunos años vendré yo á ser lo que hoy son los restos de los mortales que contemplo, y como ellos quizá seré tambien un objeto de meditacion para las generaciones venideras, que igualmente vacilarán algunos momentos sobre los objetos de su curiosidad antes de sumirse en el polvo y fria obscuridad del sepulcro."

Dejando La-Motte esta escena se pasea en los cláustros: una puerta que comunicaba con el piso superior llama su atencion: la abre y vé otra al pié de una escalera; pero conteniéndole por un lado el temor y por otro el cuidado de la inquietud que podria causar su ausencia en su familia, abandona el puesto y vuelve precipitadamente al coche, despues de haber perdido los mas preciosos momentos del crepúsculo, sin haber adquirido noticia alguna acerca de lo que buscaba y le era necesario.

Algunas cortas respuestas dadas á las preguntas de Madama La-Motte, y á Pedro una órden insignificante de que caminase

con precaucion y procurase hallar un camino, es todo lo que la inquietud de La-Motte le permite proferir. Entre tanto las sombras de la noche se aumentaban reforzadas por la obscuridad de la Selva, y hacian muy peligroso el pasar mas adelante. Pedro se detiene; pero insistiendo su amo en su resolucion le manda seguir marchando: el criado se atreve á hacerle algunas reflexiones; Madama La-Motte le suplíca; su marido se incomoda y manda caminar; mas no tarda en arrepentirse, pues una rueda trasera, al pasar sobre un tronco de un árbol viejo, que Pedro no habia visto por la obscuridad, vuelca el coche. Todos se aterran como puede imaginarse; pero sin embargo nadie se hizo un gran daño; y así despues de salir de tan peligrosa posicion, La-Motte y Pedro tratan de levantar el coche. Aquí fue cuando reconocieron toda la estension de su desgracia al ver que se habia quebrado una de las ruedas; pues se encontraban en la mas crítica situacion que podian hallarse, no solo porque el coche no se encontraba en estado de marchar, sino lo que es mas, que no pudiendo tenerse derecho, ni aun les ofrecia un abrigo contra la húmeda frescura

de la noche. Despues de algunos momentos de silencio La-Motte propone volver á las ruinas de la Abadía, de las que aun no se hallaban mas que á corta distancia, pasar la noche en el lugar mas habitable de ellas, y enviar á Pedro al amanecer con uno de los caballos para buscar un camino y un lugar donde pudiesen proporcionarse los medios de componer el coche. Madama La-Motte rechazó esta proposicion; porque temblaba con solo pensar que habia de permanecer tan largo tiempo durante la obscuridad en un lugar tan aislado como este monasterio: se deja poseer de unos temores que no se atreve á pensar ni á combatir, y dice á su marido que queria mejor permanecer espuesta al rocío mal sano de la noche, que verse en medio de las ruinas. La-Motte habia esperimentado al principio igual repugnancia á volver á ellas; pero habiendo triunfado de su propio terror, resolvió no ceder al de su muger. Habiendo quitado los caballos al coche, se dirigieron hácia el edificio. Pedro, que le seguia, hechó lumbres con un eslabon, y entraron en las ruinas á la luz de unas ramas encendidas que habia juntado. El resplandor que daba en algunos sitios de la fábrica

parecia hacer mas solemne su desolacion, al paso que la obscuridad de la mayor parte del edificio realzaba la sublimidad de ella y preparaba la imaginacion á escenas de horror. Adelina, muda hasta entonces, dá un grito mezclado de admiracion y de temor: una especie de terror delicioso se apodera de su alma y hace palpitar su corazon; sus ojos se llenan de lágrimas: quiere andar, pero tiembla: se apoya sobre el brazo de La-Motte, y le mira como si nada hubiera querido preguntarle.

Éste abre la puerta de la gran sala: entran en ella: su estension se perdia en la obscuridad: "paremos aquí, dice Madama La-Motte, yo no ando mas." La-Motte iba enseñando el pavimento quebrado, y caminaba; pero fue detenido por un ruido estraordinario que atravesó la sala. Todos enmudecen, reinando el silencio del terror. Madama La-Motte le rompe la primera: "salgamos de aquí, dice: no habrá sufrimientos ó penas que yo no prefiera á la sensacion que me oprime; retirémonos al instante."

Avergonzado La-Motte del temor que habia manifestado involuntariamente, creyó le convenia afectar un valor que no tenia;

y así ridiculizó el miedo de su muger, é insistió en obligarla á seguir adelante. Precisada á ello, atraviesa la sala temblando, y llegan todos á una estrecha galería que al parecer no tenia límites; mas habiéndose casi acabado de consumir las ramas encendidas que Pedro traia, se detienen mientras vá á traer otras. La llama moribunda que aun despedian, proyectando débilmente sobre las paredes de la galería, aumentan el horror: sus pálidos rayos esparcian una luz melancólica por toda la sala que dejaban detrás, sepultada en gran parte en la obscuridad, entre la que se veian los hoyos y quebraduras del pavimento y una confusa multitud de objetos que, percibiéndose imperfectamente, se perdian entre las sombras. Adelina sonriéndose pregunta á La-Motte ¿si creia en los aparecidos ó que vienen del otro mundo? La pregunta no venia muy á propósito en tales circunstancias, porque la escena actual la imprimia todo su horror; y La-Motte, á pesar de sus esfuerzos, conocia que se iba apoderando de él un terror supersticioso: quizá entonces pisaba las frias cenizas de los muertos; si fuese permitido á las almas volver á la tierra á asustar á los mortales, ¿no era

esta la hora y el lugar mas conveniente para su aparicion? La-Motte no respondió, y Adelina prosiguió: "Si yo me dejase llevar de la supersticion....." Al decir esto fue interrumpida por la repeticion del ruido que se habia oido antes, el cual salia de lo interior de la galería, á cuya entrada se hallaban, é iba perdiéndose por grados. Todos los corazones palpitan, y cada uno escucha con la mayor atencion y silencio. Un nuevo motivo de temor se apodera de La-Motte..... Quizá este ruido provendria de algunos salteadores; dudaba si podria seguir con seguridad. Pedro por fin llega con luz. Madama La-Motte se niega á entrar en la galería, y su marido no estaba aun muy decidido á hacerlo; pero Pedro, mas curioso que cobarde, ofrece al punto sus servicios, y despues de un corto momento de incertidumbre La-Motte le permite que se adelante, manteniéndose él á la puerta á esperar el resultado de la investigacion. Pedro desaparece á pocos momentos en la longitud de la galería, y el eco de sus pasos, que resonaba en las paredes, vá debilitándose cada vez mas hasta que al fin se pierde en el silencio. La-Motte llama á Pedro, esforzando la voz; pero no le responde, hasta que al fin oyen

pasos á lo lejos, y muy luego aparece Pedro pálido y sin aliento de terror.

Cuando estuvo bastante cerca para ser oido de La-Motte, le gritó: "gracias á Dios, Señor, que he llegado á conseguirlo; pero no sin trabajo; pues he creido tener que hacer con el diablo.-- ¿Qué quieres decir con eso? dijo La-Motte. -- No eran mas que cornejas y buhos; continúa Pedro; pero la luz las ha traido todas al rededor de mis orejas, y me han aturdido tanto con el batimiento de sus alas, que me he creido al pronto embestido por una legion de duendes; pero todos los he echado fuera, querido amo mio, y ya nada teneis que temer."

Habiendo hecho el final de este discurso recaer sobre La-Motte la nota de algun tanto de pereza y cobardía, se picó, y decidió á entrar en la galería para volver un poco por su reputacion. Con efecto siguieron entonces adelante alegremente; porque, como decia Pedro, ya nada tenian que temer.

La galería iba á dar á un patio. Á un lado, y sobre un largo cláustro, se manifestaba la torre del Oeste y una parte elevada del edificio; y el otro lado estaba abierto sobre la Selva. La-Motte se dirige hácia

una puerta de la torre y conoce ser aquella por donde entró en un principio; pero le costó bastante trabajo el seguir adelante, porque todo el patio estaba lleno de maleza y ortigas, y ademas porque el fuego que su criado traia, arrojaba una luz muy corta. Apenas hubo abierto la puerta, el horrible aspecto del sitio reprodujo los temores de Madama La-Motte, y obligó á Adelina á preguntar adonde iban. Pedro alza la luz para enseñar la estrecha escalera en caracol que subia á la torre, pero La-Motte, notando la segunda puerta que al principio no abrió, desecha los cerrojos llenos de orin y entra en una pieza espaciosa, cuyo género y el mejor estado en que se encontraba anunciaban evidentemente que era de construccion mucho mas moderna que el resto del edificio. Esta habitacion, aunque triste y abandonada, habia padecido poco por las injurias del tiempo: las paredes estaban húmedas pero no descascaradas, y los vidrios estaban firmes y bien colocados en las ventanas. En seguida caminaron por una série de piezas semejantes á la primera, manifestando su sorpresa de la discordancia que notaban entre esta parte del edificio y las paredes desmoronadas y destruidas

que dejaban atrás. Todos estos aposentos les condujeron á una galería ó pasadizo tortuoso que recibia la luz y el aire por unas estrechas aberturas hechas en lo alto de la pared, y se terminaba por una puerta cerrada con una barra de hierro. La abren con algun trabajo, y entran en otra pieza abovedada que La-Motte examina con atencion, y trata de comprender, por qué motivo estaba defendida la entrada tan fuertemente; pero no ve cosa que pueda satisfacer su curiosidad. Esta pieza parecia haberse construido en tiempos mas modernos con arreglo al estilo gótico. Adelina se acerca á una ventana que formaba una especie de retrete, elevado por un escalon sobre el suelo, y hace observar á La-Motte que todo este pavimento estaba adornado de mosáico; concluyendo de aquí que la pieza no siempre habia sido gótica; y dirigiéndose hácia una puerta que se encontraba en el lado opuesto, la abrió, y se encontró en la gran sala por donde habia entrado en el edificio.

Entonces vió que la obscuridad le habia ocultado una escalera de caracol que conducia á otra galería mas alta, la cual se hallaba en tan buen estado, que parecia haber sido construida al mismo tiempo que la

parte mas moderna del edificio, aunque se habia afectado el estilo gótico. La-Motte imaginó que esta escalera conducia á unas piezas correspondientes á las que habia encontrado en el piso inferior. Al principio estuvo tentado á visitarlas; pero Madama La-Motte, que se sentia muy cansada, logró á fuerza de súplicas que por entonces suspendiese todo exámen ulterior; y despues de haber deliberado un momento sobre la eleccion de la pieza en que pasarian la noche, determinaron volver á la que estaba contigua á la torre.

Se encendió lumbre en un fogon que probablemente hacia muchos años no habia dispensado el calor de la hospitalidad; y sacando Pedro varias provisiones que habia traido del coche, La-Motte y su familia, colocados alrededor de la hoguera hicieron una cena que la fatiga y la hambre hacian sumamente deliciosa. Insensiblemente la confianza reemplazó al temor: se veian en un lugar que se parecia algo á una habitacion humana, y donde podian reir á su voluntad de sus temores pasados; pero cuando el viento movia las puertas, Adelina temblaba, mirando alrededor con espanto. Así pasaron algun tiempo riendo

y hablando alegremente; pero esta no era mas que una alegría pasagera, por no decir afectada; porque el pesar de sus desgracias particulares oprimia sus almas y las sumergia en la tristeza y el silencio del recogimiento. Adelina conocia en toda su estension el abandono á que estaba reducida: reflexionaba con asombro sobre lo pasado, y anticipaba varias conjeturas sobre lo venidero. Se veia en una absoluta dependencia de dos estrangeros, sin otro título que la comun simpatía que tiene entre sí la desgracia: su corazon se llenaba de suspiros y sus ojos de lágrimas, que contenia antes que pudiesen venderla dejando ver sobre sus mejillas una pesadumbre que creia no poder manifestar sin ingratitud.

En fin, La-Motte rompió esta taciturna meditacion, mandando á Pedro renovase el fuego para que durase toda la noche, y que cerrase bien la puerta; cuya precaucion le pareció necesaria, á pesar de la soledad del sitio, y que en efecto se tomó arrimando anchas piedras contra la puerta, puesto que no habia otra cosa con que asegurarla. La-Motte se habia figurado varias veces que este edificio, aunque en la apariencia abandonado, podia ser una gua-

rida de malhechores; pues que en este caso tenian para ocultarse este asilo solitario, y para favorecer sus proyectos de rapiña y latrocinio una vasta y espesa selva, cuyas vueltas y senderos desconocidos debian intimidar á los mas atrevidos que intentasen perseguirlos. No obstante encerró en su corazon sus temores por evitar á sus compañeros los tormentos que á él le causaban. Á Pedro se le mandó hiciese la centinela á la puerta, y despues que hubo atizado el fuego, nuestra triste compañía se colocó alrededor y buscó en el sueño una corta tregua á sus pesares.

La noche se pasó tranquilamente: Adelina durmió; pero se presentaron unos sueños tan pesados á su imaginacion que la hicieron dispertar muy temprano: la memoria de sus desgracias se apoderó de su alma: oprimida por su peso derramó en silencio un torrente de lágrimas, que para poderlas verter libremente se acercó á una ventana que daba sobre un claro de la Selva, en la cual todo eran sombras y silencio, lo que contempló durante algun tiempo complaciéndose en esta escena tenebrosa.

Los primeros rayos de la aurora principiaban á mostrarse sobre el Oriente des-

prendiéndose de la obscuridad..... ¡Cuán bellos y puros eran! Parecia que el cielo se abria á su vista: á medida que los matices del dia iban en aumento, las sombrías nieblas que se veian hácia el Occidente redoblaban la obscuridad de esta parte del horizonte, y no dejaban ver el aspecto del campo: por el contrario, los rayos de luz se animan por el Oriente, y derraman á lo lejos una confusa y viva claridad: al fin toda esta region de los cielos parece arrojar llamas de fuego y anuncia el salir del sol. Al principio una estrecha línea de un inconcebible esplendor baña todo el horizonte; de repente se ensancha, y el sol aparece en toda su gloria descubriendo la naturaleza, vivificando todos los colores de la perspectiva, y transformando en perlas brillantes el rocío que cubria la tierra. La debil y tierna piada de las avecillas despertadas por la luz y los primeros rayos del sol interrumpen el silencio de este pacífico momento; su dulce gorgeo aumenta por grados, y muy luego forma un concierto universal. El corazon de Adelina se llena tambien de satisfaccion, de reconocimiento y de adoracion al Ser supremo.

La escena que se presentaba á su vista,

tranquilizó su alma y elevó sus pensamientos al grande autor de la naturaleza, é involuntariamente pronuncia esta súplica: "Padre de bondad, que criais este glorioso espectáculo, yo me pongo en vuestras manos; vos me sostendreis en mi presente afliccion y me preservareis de los males futuros."

Llena de esta confianza en la bondad de Dios enjugó sus lágrimas; halló el precio de su fé en la dulce armonía de sus reflexiones con su conciencia; y su alma libre de los sentimientos que acababan de oprimirla, quedó mas tranquila.

La-Motte no tardó mucho en dispertar, y Pedro se encontró muy luego pronto para partir á su espedicion. Al montar á caballo, dice á su amo: "Señor, yo creo, salvo vuestro parecer, que no hariamos mal en no buscar en otra parte habitacion hasta nueva órden, porque nadie pensará en venir á desenterrarnos de aquí dentro; y cuando se vé este sitio con luz, no se le debe tener por tan malo que no se pueda hacerle llevadero con algunos pequeños reparos."

La-Motte nada respondió; pero reflexionó sobre este discurso de Pedro, mucho

mas porque durante la noche, en los intervalos que sus inquietudes le habian impedido dormir, se le habia ocurrido la misma idea. El ocultarse era su única salva guardia, y en este sitio la encontraba: no obstante esta soledad horrorosa, era repugnante; pero no tenia que hacer otra cosa que escoger entre sus males..... Una selva y la libertad no eran muy mal refugio para quien casi no tenia otra perspectiva que una prision. Recorriendo las piezas, examinando mas atentamente y mas de cerca su estado, reconoció que podia hacérselas habitables con facilidad; y en este momento que las visitaba de nuevo con la frescura de la mañana, se afirmó mas y mas en su resolucion, y pensó en los medios de ejecutarlo, á pesar de que lo que mas le embarazaba era la dificultad de proporcionarse víveres.

Con efecto, comunicó su idea á su esposa, á la que no la agradó del todo; pero La-Motte raramente consultaba á su muger sin haber decidido antes lo que pensaba ejecutar; y efectivamente ya habia resuelto conducirse sobre este particular segun la relacion que Pedro le hiciese á su vuelta. Si éste llegaba á descubrir en las cercanías de

la Selva un lugar donde pudiese proporcionarse las provisiones y demas cosas necesarias, no trataba de dar un paso mas para buscar un asilo en que ocultarse.

Todo el tiempo que Pedro estuvo ausente lo empleó La-Motte, llevado de su inquietud, en examinar las ruinas y en recorrer sus cercanías: éstas eran agradablemente románticas, y los árboles copudos de que abundaban parecian separar este asilo del resto del universo. Un arroyuelo serpenteaba al pie del terrado sobre que descollaba la Abadía y corria lentamente regando las flores que esmaltaban sus orillas, esparciendo la frescura todo al rededor. La-Motte advirtió tambien por todas partes una gran cantidad de caza, levantando apenas el vuelo los faisanes á su aproximacion, y mirándole pasar los gamos tranquilamente..... El hombre les era desconocido.

De vuelta á la Abadía, La-Motte subió por la escalera que conducia á la torre: hácia el medio de ella poco mas ó menos se presenta una puerta en la pared que cede sin resistencia á su mano; pero un ruido repentino que se oye dentro, acompañado de una nube de polvo, le hace retroceder y

cerrarla; mas despues de haber escuchado algunos minutos, la vuelve á abrir y vé una vasta cámara construida por el gusto mas moderno. Los restos de la tapicería colgaban en largos pedazos sobre las paredes que se habian convertido en morada de las aves de rapiña, que al momento de abrir la puerta habian huido, y he aquí de donde venian el ruido y el polvo. Las ventanas estaban muy maltratadas y casi sin vidrios; pero se admiró mucho de encontrar algunos restos de muebles; varios sitiales en un estado y de una forma que dejaban ver su antigüedad, una mesa rota y unas parrillas de hierro, casi todo consumido por el polvo y el orin.

Al lado opuesto estaba una puerta que conducia á otro aposento de la misma estension que el primero, pero amueblado algo mejor. En un rincon habia un pequeño tablado de cama, y á lo largo de las paredes algunos sitiales malrotados. La-Motte miraba todo esto con una mezcla de sorpresa y de curiosidad. "Es singular, dice, que estas piezas sean las únicas que indiquen haber sido habitadas: quizás algun desgraciado fugitivo como yo, habrá buscado en estos sitios un refugio contra la perse-

cucion, y aquí tal vez habrá dejado la pesada carga de su existencia. ¡Quizá no he seguido yo sus pasos, sino para reunir mis cenizas á las suyas.!" De repente se vuelve con ánimo de salir de la pieza, cuando cerca del lecho percibió una puerta que daba á un gabinete alumbrado solamente por una ventana, el cual se hallaba en el mismo estado que la pieza anterior, á escepcion de que no habia en él ningun vestigio de muebles. Caminando por la pieza, cuyo suelo era de tablas, sintió moverse el piso bajo de sus pies, y fijando la atencion, advirtió una trampa del grandor de una ventana no muy grande. La curiosidad le induce á proseguir en su investigacion, y abre la trampa, no sin un poco de dificultad. Baja por ella dando algunos pasos, pero no se atrevia á sondear este abismo, pensando asombrado con qué motivo, ó cuál sería el objeto de haberse construido esta trampa con tanto misterio; y así la cierra, dejando estos aposentos.

Las gradas de la escalera de la torre estaban tan maltratadas en lo alto, que La-Motte no intentó subirlas; volvió á la sala, y por la escalera de caracol que habia observado la víspera, llegó á la galería y ha-

lló otra série de piezas tambien desmobladas y perfectamente semejantes á las de abajo.

Habló de nuevo á Madama La-Motte del proyecto de quedarse en la Abadía; pero ésta hizo todos sus esfuerzos para disuadirle de él, aunque convenia en la seguridad de este asilo solitario, haciéndole presente que podria hallarse otro tan cómodo en que ocultarse, y mucho mas seguro para poderse alojar. Sin embargo, estas razones no convencian á La-Motte; pues prescindiendo de la seguridad de la Abadía, la mucha caza de que abundaba la Selva debia proporcionarle á un mismo tiempo diversion y víveres, cuya circunstancia no debia despreciarse atendida la escasez de su bolsillo: y en fin, lo que mas le afirmaba en su resolucion era el haber dejado arraigar esta idea en su alma, de tal modo que habia venido á ser su favorita. Adelina escuchó esta conversacion con una muda inquietud, y esperaba con impaciencia el éxito del viage de Pedro. Se pasó la mañana, pero éste no parecia; y así nuestros solitarios comieron de las provisiones que por fortuna habian llevado consigo, paseándose despues en el bosque. Adelina que jamas dejaba pasar un bien sin notarlo, porque siempre

iba acompañado de un mal, olvidó por algun tiempo el horrible aspecto de la Abadía con la belleza de las escenas de sus cercanías.

La hermosura de las sombras tranquilizaba su corazon, y las formas variadas y pintorescas del pais divertian su imaginacion: ya casi creia poder vivir en estos sitios contenta; ya principiaba á interesarse en las penas de sus compañeros, y en particular por Madama La-Motte, por la cual sentia un interés algo mayor; sin duda estas eran las dulces emociones del reconocimiento y de la amistad.

Se pasó tambien la mayor parte de la tarde y se volvieron á la Abadía. Pedro no parecia, y su ausencia principió á inquietarles: por otro lado la proximidad de la noche hacía algun tanto sombría y melancólica la esperanza de los fugitivos: tal vez tenian que pasar otra noche en el mismo abandono que la precedente, y lo que era aun peor con muy pocas provisiones. Madama La-Motte perdiendo entonces su serenidad, echó á llorar amargamente. Adelina no estaba menos triste; pero recogiendo todas sus desfallecidas fuerzas, dió una prueba de su buen corazon, tra-

tando de reanimar las de su amiga.

La-Motte padecia las angustias mas crueles; y alejándose solo de la Abadía, seguia el camino que habia llevado su criado. No habia andado mucho, cuando le descubrió por entre los árboles y que traía su caballo por la brida. "¿Qué nuevas traes Pedro, le gritó La-Motte?" Pedro se acercó casi sin aliento, y sin pronuncir una palabra, y La-Motte sumamente alterado y con un tono mas imponente, repitió la misma pregunta. "¡Ah! Bendito sea Dios, dijo Pedro, despues de haber tomado aliento para responder; estoy loco de contento, señor, de volveros á ver; creia no volver; pues me ha sucedido una multitud de desgracias." — Muy bien, ya me las contarás despues; pero ahora dime si has hallado..... ¡Hallado! interrumpe Pedro, sí señor..... medio muerto.... he hallado; pero tambien se me ha hallado: mirad, señor, mirad mi hallazgo; ved los golpes que he hallado. — Pero ¿quién te ha puesto en este estado? — Señor, voy á deciros de veras lo que ha sido. El señor sabe que he aprendido un poco á dar puñadas de ese inglés que muchas veces venia á casa con su amo. — "Adelante, pero dime, ¿dónde has esta-

do? — Eso será si yo mismo lo sé, querido amo: yo he estado en un lugar donde he recibido una fiera puñada en la cabeza; pero era por serviros, y así no hablaré de ella; mas si este pícaro llega á caer bajo de mí..... — "Parece que estás tan contento con tu primera puñada, replicó La-Motte colérico, que quieres recibir otra; y esto es lo que no te faltará sino respondes mejor á mi pregunta."

Esta amenaza obligó á Pedro á ser mas circunspecto y metódico, y trató de continuar: "No bien hube dejado la Abadía, dijo, cuando seguí el camino que me habiais indicado, caminando derecho á aquella porcion de árboles que se ven allí; miré á un lado y á otro para ver si podria descubrir una casa ó choza, ó á lo menos un hombre; pero nada menos que eso: caminé adelante casi como una legua, en verdad, y entonces llegué á una senda. ¡Ah ah! dije entre mí, ya te tengo agarrado, ya estoy corriente, pues no hay senda sin salida: sin embargo yo no sabia qué hacer ni qué decir; porque el diablo me lleve si yo he podido ver una alma; y despues de haber seguido mi senda, ya de un lado ya de otro, mas de un cuarto de legua, ¡muy bien! la he perdido, y me ha sido preciso buscar otra." — "¡Te es imposible, Pedro, venir al caso, dijo La-Motte! Deja esas particularidades tontas, y dime si has acertado." — "Y bien, querido amo, para ser corto; porque en resumidas cuentas es el medio de haber acabado antes: yo he andado errante largo tiempo á la aventura no sé hácia qué lado; pero siempre en una selva como esta: he tenido un particular cuidado en mirar los árboles para poder volverme; y últimamente, he llegado á otra senda, y entonces ya estaba yo seguro de hallar alguna cosa, aunque antes no hubiese hallado nada, por que yo no podia engañarme dos veces. Así, pues, mirando por entre los árboles he descubierto una cabaña; dí á mi caballo un latigazo que ha resonado en la Selva, y me he hallado á la puerta en un minuto. Las gentes que habia allí me han dicho que una legua mas allá habia un lugar, y que no tenia que hacer mas que seguir la senda que me conduciria á él, y así me ha conducido; y por el paso que mi caballo ha llevado, parece que olia la cebada en el pesebre. Pregunto por un carretero, y se me dice que no habia mas que uno en el

lugar, y yo no lo he podido encontrar por mas que he hecho. He aguardado y mas aguardado; porque yo sabia bien era inútil el pensar en volverme sin haber evacuado mi comision. En fin, el carretero, que estaba en el campo, ha vuelto al lugar, y le digo cuánto me habia hecho esperar; porque le he dicho, es inútil que yo piense en irme antes de haber evacuado mi comision." -- "No seas tan pesado, si te es posible, dice La-Motte." -- "La cosa no depende de mí, replica Pedro; y si estuviese mas en mi arbitrio, yo no me escusaria de ello. ¿Creereis, señor, que aquel pícaro ha tenido la impudencia de pedir un luis por componer la rueda del coche? Por mi honor que ha creido que nosotros estábamos en el mayor apuro, y que no podiamos pasar sin él. ¡Un luis de oro! le he respondido; mi amo jamás dará esta cantidad, ni se dejará engañar por un bribon como vmd. Entonces mi hombre me ha mirado al través y me ha dado un bofeton en los hocicos, y yo levantando el puño le he dado otro, y aun le hubiera apaleado sino hubiera sobrevenido otro hombre; y entonces me he visto precisado á retirarme.

¿Y no has adelantado mas cuando te has venido?

-- En efecto, nuestro amo, yo pienso que tengo demasiado corazon para no ceder á un tunante, ni para sufrir que vos cedieseis tampoco; y por lo mismo he traido algunos clavos y otras cosas para ensayarme á ver si puedo componer la rueda yo solo: "siempre me ha gustado carpintear." -- "Muy bien, alabo tu celo, Pedro; pero en esta ocasion era muy fuera de propósito. ¿Y qué traes en el cesto?"

--"Ciertamente, nuestro amo, he pensado que no podriamos irnos de aquí hasta que el coche estuviera en estado de conducirnos, y he dicho entre mí: mientras está uno esperando, si la espera es larga, no se puede vivir sin comer, porque nadie se mantiene del aire; voy pues á servirme del poco dinero que tengo y á comprar un cesto y llevarlo lleno de provisiones. -- Esta es la única cosa conveniente que has hecho hasta ahora, y la que puede hacer que te perdone tus otras majaderías."

--"Ciertamente, nuestro amo, que me alegra el corazon oiros hablar así: ya sabia yo bien que todo lo que hacia era lo mejor; pero tambien me ha costado bastante

trabajo el volver á encontrar mi camino: y ademas me ha sucedido otra desgracia, y es que el caballo se ha clavado una espina en un pie."

La-Motte hizo á Pedro varias preguntas sobre el lugar, y por las respuestas que le dió juzgó que podria muy bien suministrarle provisiones y los pocos muebles que fuesen necesarios para hacer habitable la Abadía. Este descubrimiento acabó de determinarle á ello; y así dió órden á Pedro de que volviese al lugar al dia siguiente y adquiriese noticias sobre lo que se supiese respecto á la Abadía; encargándole que si las respuestas fuesen satisfactorias comprase una carreta, y la cargase con algunos muebles, como igualmente con los materiales necesarios á la reparacion de las piezas modernas de aquella. Al oir esto Pedro, retirándose hácia atrás, dijo, ¡Cómo Señor! ¿Quereis vivir aquí?

—Y bien! Aun cuando eso fuese!

—En ese caso el señor habria tomado una muy sabia resolucion, segun á mí me parece; porque el señor sabe bien lo que le he dicho.

—Muy bien Pedro; pero no es necesario que me repitas lo que me has dicho: quizá estaba yo decidido antes.

—Á fé mia, mi amo, que teneis razon; porque yo creo que aquí no seremos muy incomodados, á menos que no sea por los buhos y las cornejas. Sí, sí, yo os prometo hacer una habitacion digna de un príncipe. En cuanto al lugar, hallaremos en él seguramente todo lo que nos haga falta; y ademas tanto piensan en este sitio como en Inglaterra ó en las Indias."

En este momento llegaron á la Abadía, donde Pedro fue recibido con los mayores transportes de júbilo; pero su ama y Adelina perdieron bastante de sus esperanzas al saber lo que le habia sucedido en el lugar, y que se volvia sin haber ejecutado su comision. Una y otra siguieron, casi con la misma inquietud, las órdenes que La-Motte habia dado á Pedro; pero Adelina ocultó sus temores, é hizo todos sus esfuerzos para disipar los de su amigo. La dulzura de sus afectos y el aire de satisfaccion que aparentaba, penetraron sensiblemente el corazon de Madama La-Motte, descubriéndola una fuente de consuelo que hasta entonces no habia advertido. Las amables atenciones de su jóven amiguita, la prometian una indemnizacion de la falta de otra sociedad; y su conversacion debia hacer alegres

unas horas que sin ella se habrian pasado en la tristeza y dolorosos recuerdos.

Las reflexiones y la conducta ordinaria de Adelina, habian manifestado un buen espíritu y un corazon amable; pero no era esto solo..... Tenia tambien el mayor talento y el genio mas dulce. Se encontraba entonces en la edad de diez y nueve años: su estatura era regular y modelada en las mas elegantes proporciones: tenia los cabellos de un negro obscuro; sus ojos azules conservaban siempre los mismos atractivos, ya fuese que brillasen de placer, ya que penasen de ternura: la disposicion y hermosura de su cuerpo, tenia la sencillez y la ligereza aérea de las ninfas. Cuando sonreia hubiera podido servir de modelo para pintar á la jóven hermana de Hebé. Los encantos irresistibles de su belleza se realzaban por la gracia y la sencillez de sus afecciones, y manifestaban el valor real de un corazon, cuyos movimientos todos habrian podido mostrarse y sostener el examen mas severo.

Anita, este era el nombre de la criada, encendió fuego para la noche, abrió el cesto de Pedro, y se preparó la cena. Madama La-Motte siempre permanecia muda y pensativa.

"Hay pocas situaciones, dijo Adelina, bastante tristes para que no sintamos tarde ó temprano haber salido de ellas. El buen Pedro confiesa que hubiera querido verse en la Abadía cuando se veía estraviado y perdido en la Selva, ó cuando se ha hallado con los dos campeones en vez de uno; y estoy cierta que no hay privaciones tan absolutas que no pueda sacarse de ellas algun motivo de consuelo. La llama de esta hoguera esparce un resplandor mas brillante por el contraste con este horroroso desierto, y esta comida abundante se hace mas deliciosa gracias á la escasez pasagera que hemos esperimentado. Gocemos de los bienes y olvidemos los males."

"Hablais, querida amiga, respondió Madama La-Motte, como una persona cuya alma no ha sido oprimida frecuentemente por el infortunio (Adelina suspiró) y cuyas esperanzas por consiguiente estan en toda su fuerza."

"Lo largo de las penas, dijo La-Motte, destruye en nosotros este resorte enérgico que rechaza el peso de los males, y se despliega á los movimientos de la alegría. Yo no hablo mas que por reminiscencia, por una idea confusa de lo pasado: como vos Adelina,

podia yo sacar consuelos en otro tiempo de muchas circunstancias desgraciadas."

"Creed, dijo Adelina, creed estimado Señor mio, que eso es aun posible, y que vos llegareis á conseguirlo."

—"El prestigio se ha desvanecido..... yo no podré ya engañarme á mí mismo."

—"Permitidme que os lo diga, señor; solo en el dia es cuando os engañais á vos mismo, sufriendo que la nube del pesar obscurezca todos los objetos que se ofrecen á vuestra vista."

—"Tal vez podrá ser así, dijo La-Motte; pero dejemos este discurso."

Despues de cenar se cerraron las puertas como la víspera para el resto de la noche, y nuestros fugitivos se entregaron al descanso.

El dia siguiente por la mañana Pedro volvió á partir para la pequeña villa de Auboina (este era el nombre del pueblo donde habia estado el dia anterior), y durante el tiempo de su ausencia Adelina y Madama La-Motte lo pasaron entre muchas inquietudes y algunas esperanzas, porque era muy posible trajese algunas noticias con respecto á la Abadía, que pudiesen obligar á La-Motte á renunciar á sus planes. A la

caida de la tarde le descubrieron que venia muy despacio, y la carreta que traia solo sirvió para confirmar mas y mas sus aprehensiones, pues traia en ella algunos muebles y otras cosas para reparar la habitacion.

Apenas llegó, hizo sobre la Abadía una relacion cuya substancia se reducia á que tanto la Abadía cuanto una gran parte de la Selva adyacente, pertenecia á un hombre de calidad que residia por entonces con su familia en un pais lejano: que habia sucedido en esta propiedad al padre de su muger. Este habia hecho construir las habitaciones mas modernas, donde, en otro tiempo, venia á pasar una parte del año, para disfrutar del placer de la caza. Se contaba en el lugar que poco despues de haber tomado la posesion el nuevo señor, se habia conducido á la Abadía una persona, aprisionándola allí, sin que jamás se hubiese podido saber quién era ni aun lo que habia venido á ser de ella: que este rumor se habia disipado por grados, y muchas personas ya no creian enteramente lo que se decia sobre este particular; pero que de cualquiera manera que fuese, lo cierto era que el poseedor actual luego que heredó la

Abadía solo habia venido á ella dos veces, y poco tiempo despues se habian llevado los muebles. Que esta particularidad habia sorprendido á muchos en un principio, dando lugar á varias conjeturas, pero que era muy dificil fijarse en ninguna. Que entre otras cosas se decia haberse visto estrañas apariciones en la Abadía, oyéndose ruidos estraordinarios, y que aunque las gentes instruidas y juiciosas se habian reido de estos cuentos como de una loca supersticion de la ignorancia, no obstante se habian arraigado de tal modo en lo general del pueblo, que hacía quince años que ningun paisano se habia atrevido á acercarse á la Abadía, por lo cual ésta se hallaba abandonada y arruinándose.

La-Motte reflexionó sobre esta relacion, que en un principio produjo sobre él las mas tristes ideas; pero muy luego estas dieron lugar á consideraciones mas importantes para su conservacion. Se felicitó de haber hallado al fin un sitio donde no era verisimil se le pudiese descubrir ó inquietar. No obstante, no podia disimularse que habia una singular conformidad entre una parte de la relacion de Pedro y el estado de las piezas á que se subia por la escalera de

la torre. Estos restos de muebles al paso que no habia ningunos en los otros cuartos..... esta cama solitaria..... el número de piezas, su correspondencia, todas estas circunstancias concurrian á confirmar sus sospechas. No obstante, las encerró en su pecho, porque percibió que la relacion de Pedro no habia obligado á sus compañeros á reconocer la necesidad de establecerse en la Abadía.

Sin embargo estos se veian forzados á callar, y cualesquiera que fuesen las aprehensiones que pudiesen concebir, parecia no hallarse dispuestos entonces á manifestarlas. En cuanto á Pedro, nada esperimentaba de este género, pues que no conocia el miedo, y su cabeza solo estaba llena de sus próximas ocupaciones. Madama La-Motte con una especie de desesperacion tranquila, se esforzaba á vencer su repugnancia hácia un partido que ningun esfuerzo de la imaginacion la daba medios de evitar, y que solo sería hacerle mas cruel entregándose á las quejas y á las lágrimas. En efecto aunque el conocimiento de todo lo que tendrian que sufrir en la Abadía la hubiese podido conducir á contradecir el proyecto de establecerse en ella, no veía realmente por otra

parte qué ventajas les traería el alejarse de allí; sin embargo sus pensamientos se retrotraian á París, ofreciendo á su imaginacion la perspectiva del tiempo pasado, con el espectáculo de sus amigos que lloraban aun por ella, y á quienes dejaba quizá para siempre. Las afectuosas caricias de su hijo único, espuesto actualmente á mil peligros, ignorante de la suerte de su madre, á quien tantas razones hacian temer de no volverle á ver jamás, se pintaban en su memoria y triunfaban de toda su firmeza, de modo que hubiera querido esclamar. « ¿Por qué, por qué, por qué he vivido hasta este dia, y qué suerte será la que me aguarda?

Adelina por el contrario no tenia recuerdos de goces pasados para acrecentar su actual infortunio..... ningunos amigos desconsolados por ella, ... ninguna memoria de personas amadas que aguzase el puñal del sentimiento, y esparciese coloridos dolorosos sobre sus perspectivas futuras: no conocia aun las congojas de una esperanza engañada, ni el acerado aguijon de una conciencia que se acusa á sí misma; ni tenia en fin miserias que no pudiese calmar la paciencia ni vencer el valor.

Pedro se levantó al amanecer para principiar su trabajo, al cual se entregó de buena gana, y en pocos dias dos de las piezas del piso bajo se mejoraron de tal modo que La-Motte principió á alegrarse, y sus compañeras á reconocer que su situacion no sería tan desgraciada como se habian figurado. Todos los muebles que Pedro habia traido se colocaron en los cuartos, siendo uno de ellos el embovedado, el cual escogió y amuebló Madama La-Motte como un salon de sociedad, dándole la preferencia sobre los demas por su gran ventana gótica que caia casi á nivel del parque, y ofrecia la vista de la esplanada y la pintoresca escena de los bosques de alrededor.

Habiendo vuelto Pedro á Auboina á hacer nuevas compras, en pocos dias todos los cuartos del piso bajo no solo se hicieron habitables, sino tambien cómodos. No obstante como no bastaban para toda la familia, se preparó una pieza para Adelina en el piso superior. Esta pieza era la que tocaba inmediatamente con la torre, y ella la prefirió á las otras mas distantes, porque ademas de encontrarse mas cerca de la familia, las ventanas que caian sobre un camino de la Selva, la proporcionaban una vista mas bella. La tapicería que destrozada

y rota se caia de las paredes, se volvió á clavar en ellas de nuevo, ofreciendo un aspecto menos miserable; y en fin aunque la pieza conservase siempre algo de melancólica á causa de su grandor y de la pequeñez de las ventanas, con todo no era desagradable.

La primera noche que la ocupó Adelina durmió muy poco: la soledad de la habitacion afectaba su espíritu en proporcion quizá del valor que por consideracion á Madama La-Motte habia manifestado en presencia de ésta. Se acordaba de la narracion de Pedro; muchas de sus circunstancias se habian impreso en su imaginacion á su pesar, y la era dificil hacerse superior á sus temores. Estos fueron tan grandes, que se apoderó de ella súbitamente un terror tal, que ya habia abierto la puerta con intencion de llamar á Madama La-Motte; pero habiendo prestado el oido por algun tiempo á la escalera, todo la pareció tranquilo, hasta que al fin oyó la voz de La-Motte que hablaba con alegría. Precisada á convencerse de lo absurdo de sus terrores, se avergonzó de haber cedido á ellos por un momento, y volvió á entrar en su cuarto asombrada de su debilidad.

CAPITULO TERCERO.

La-Motte arregló su plan de vida en esta soledad en la forma siguiente: pasaba las mañanas en la caza ó en la pesca; y los manjares que por este medio se proporcionaba, los comia y saboreaba con mas apetito y gusto que todos aquellos que podrian ponerse en las suntuosas mesas de París. Despues de comer permanecia con su familia, y escogiendo varias veces un libro de los pocos que habia traido consigo, trataba de fijar su atencion sobre las palabras que leyendo repetian sus lábios; pero como quiera que su alma se dejaba distraer bien poco de sus pesares, lo que articulaba poca ó ninguna mella hacía sobre él. Algunas veces hablaba, pero muchas mas permanecia en un silencio sombrío pensando en lo pasado, y anticipando congeturas sobre lo futuro.

En estos instantes Adelina se esforzaba con la mayor gracia á reanimar sus espíritus y á sacarlo de sí mismo, si puedo decirlo así. Rara vez lo conseguia; pero cuan-

do lo lograba, las miradas de reconocimiento de Madama La-Motte, y las dulces emociones de su propio corazon, realizaban efectivamente la alegría que solo habia tratado de aparentar. El alma de Adelina poseia el arte feliz, ó aun seria mas justo decir, el feliz natural de conformarse con su situacion; aunque bien triste su estado actual no estaba aun desnudo de todo consuelo, y este consuelo se confirmaba mas y mas por sus virtudes. Hizo tantos progresos en el afecto de sus protectores, que Madama La-Motte la queria como si fuese su hija, y el mismo La-Motte, aunque poco susceptible de ternura, no podia ser insensible á sus gracias; y así es que siempre que salia de su humor triste y feroz, lo debia á la influencia de Adelina.

Pedro traia regularmente de Auboina las provisiones de la semana; y en estos viages siempre salia del pueblo por un camino opuesto al de la Abadía. Habiéndose pasado algunas semanas sin accidente alguno, La-Motte, desechando los temores que tenia de que le persiguiesen, principió al fin á mirar su situacion con alguna satisfaccion: á medida que la costumbre y la resolucion reforzaban el valor de Madama

La-Motte, la perspectiva del infortunio principiaba á suavizarse á su vista. La Selva, que en un principio la habia parecido una soledad horrorosa, habia perdido su horror, y el edificio cuyas paredes medio arruinadas y su sombría desolacion habian llenado su alma de tristeza y de espanto, se le miraba ya como un asilo doméstico, como un puerto seguro despues de la tempestad.

Madama La-Motte era una muger sensible y dotada de eminentes cualidades, y así es que tomó el mayor placer en formar las nacientes gracias de Adelina, la cual, como hemos visto, tenia en sus disposiciones una dulzura que la hacia corresponder prontamente á la instruccion por los progresos en ella, y á la indulgencia por la ternura. Jamás estaba tan contenta Adelina como cuando prevenia los deseos de su amiga; jamás era tan diligente como cuando trabajaba por ella: vigilaba, dirigia los pequeños quehaceres de la casa con tan admirable exactitud, que Madama La-Motte ningun cuidado ni embarazo tenia con respecto á este particular. Adelina supo crearse en su crítica posicion una porcion de diversiones que alejaban muchas veces

la memoria de sus propias desgracias. Los libros de La-Motte eran su principal consuelo: muchas veces tomaba uno é iba á pasearse á los lugares adonde el arroyo serpenteando con dulce murmullo por entre la arena, esparcia la frescura y convidaba al descanso. Allí se sentaba, y abandonándose á las ilusiones de su lectura, pasaba muchas horas dando al olvido sus penas.

Madama La-Motte habia manifestado muchas veces sus deseos de saber las aventuras de Adelina, y cuáles eran las causas que la habian puesto en tan peligroso é incomprensible estado como el en que la habia encontrado La-Motte. Adelina la habia hecho una corta relacion del modo como fue conducida á aquella casa; pero siempre habia suplicado con lágrimas á su amiga la permitiese no entrar por el momento en otros pormenores, pues que no tenia bastante valor para recordar sus males pasados; pero al fin habiéndose tranquilizado su espíritu con el descanso y asegurada por la confianza, un dia hizo á Madama La-Motte la relacion siguiente.

HISTORIA DE ADELINA.

Yo soy, dijo Adelina, la hija única del caballero Luis de san Pedro, de una familia distinguida, pero poco favorecida de la fortuna, que por largo tiempo ha vivido en París. No tengo de mi madre mas que un débil recuerdo, pues que la perdí cuando solo tenia siete años; y esta fue mi primera desgracia. Por su muerte mi padre cesó de tenerme en casa y me puso en un convento, alejándose de la capital; así es que en la primavera de mi vida me vi abandonada á manos estrañas. Algunas veces venia mi padre á París, y me acuerdo bien del sentimiento que yo esperimentaba siempre que se despedia de mí en aquellos momentos que despedazaban mi corazon; sin embargo, él no daba muestras del menor pesar: muchas veces creía yo que me amaba poco; pero era mi padre, y la úni-

ca persona en quien podia encontrar un protector y un amigo.

Permanecí pues en este convento hasta que cumplí doce años. Mil veces habia pedido á mi padre que me llevase consigo; pero al principio se escusó con razones de prudencia, y en seguida creo que lo hizo por motivos de avaricia. Entonces fuí sacada de este convento, y se me puso en otro, donde supe que la intencion de mi padre era hacerme tomar el velo, á lo cual yo no tenia vocacion.

Pasé en el convento sin embargo muchos años, y cuando venia mi padre (que era de muy tarde en tarde) yo le suplicaba variase mi destino; pero siempre me replicaba que su fortuna no era suficiente para sostenerme en el mundo, y al fin me amenazó con su cólera si insistia en desobedecerle.

Mi padre, señora, cual podeis imaginar, estaba muy irritado de mi perseverancia, que llamaba obstinacion; pero lo que parecerá aun mas dificil de creer es que de repente se apaciguó, y señaló el dia para mi salida del convento.

¡Ah! figuraos lo que yo esperimentaria á esta noticia. Despertó la alegría todos mis

afectos: olvidé los pasados rigores: olvidé que su indulgencia presente era menos efecto de su ternura que de mi resolucion: en fin, lloraba por no poder darle gusto en todo cuanto apetecia. ¡Qué felices fueron los dias que precedieron á la dulce esperanza de mi partida. Este mundo, de que yo habia sido separada hasta entonces..... este mundo, que tantas veces mi imaginacion deseaba ver..... donde cada estrella brillaba con mil bellezas y convidaban al placer..... donde todos los corazones eran buenos y felices..... ¡ah! este mundo iba á manifestarse á mi vista en todo su esplendor: contaba los dias que me separaban de estas regiones placenteras: solo en el monasterio me parecia ¡necia de mí! que habitaban la crueldad y la intriga: allí solamente habitaba el infortunio; yo le dejaba para siempre, ¡tal era mi ceguedad y sencillez! ¡Cuánto compadecia á las pobres religiosas que quedaban en él! Este mundo, si hubiera sido mio, hubiera dado la mitad de él por llevarlas conmigo.

Al fin llegó el dia tanto tiempo deseado: vino mi padre; mi alegría se estinguió por un momento con la despedida que hice de mis pobres compañeras: jamás ha-

bia sentido hácia ellas tan viva ternura como en este instante; y bien pronto me ví fuera de las rejas del convento. Miré alrededor de mí, contemplé la vasta bóveda de los cielos, que ya no veia limitada por las paredes de un cláustro, y la tierra que se estendia en valles y colinas hasta los límites circulares del horizonte. Mi corazon latia de placer; mis ojos se llenaban de lágrimas, y por algun momento no pude hablar. Mis pensamientos se elevaron al cielo en muestra de reconocimiento hácia el dispensador de tantos bienes.

En fin, me vuelvo á mi padre, y le digo. "Amado autor de mis dias; ¡cuántas gracias debo daros por mi libertad; y qué no haria yo por agradaros!

"Volved pues á vuestro convento;" me dijo con un tono severo. Al oir estas palabras temblé: sus miradas y su aspecto turbaron la armonía de mis sentimientos, é hizo que mi alegría se reprimiese repentinamente, y todos los objetos que me rodeaban se cubrieron con las sombras de la esperanza engañada; no porque yo creyera que mi padre quisiese volverme al convento; sino porque sus sentimientos me parecian demasiado discordes con la alegría

que acababa de esperimentar y de manifestarme..... Perdonad, señora, estos pormenores minuciosos que la viva sucesion de los sentimientos que imprimieron en mi corazon, me los hacen juzgar todavía importantes, no dejándome conocer que son desagradables."

—"No, querida, dijo Madama La-Motte son demasiado interesantes para mí, pues que me descubren los maravillosos rasgos del carácter que deseo observar en vos. Vuestros infortunios atraen toda mi piedad, y la bondad de vuestra alma todo mi afecto."

Estas palabras penetraron el corazon de Adelina, que besó la mano de Madama La-Motte, y guardó silencio por algunos instantes, y al fin la dijo: ¡ojalá pueda yo hacerme digna de tanta bondad y no cesar de agradecer al cielo que al darme semejante amiga me vuelve el consuelo y la esperanza!

"La casa de mi padre estaba situada algunas leguas mas hallá de París, y así es que en nuestro camino atravesamos esta ciudad. ¡Qué nuevo espectáculo para mí! ¿Qué se habian hecho las tristes facciones de las religiosas: los modales austeros que

estaba acostumbrada á ver en el cláustro? Aquí por el contrario, todos los semblantes se veian animados, ó por sus ocupaciones ó por los placeres: todos caminaban con rapidez, todos se sonreian con alegría; en cada persona creia un amigo; todos me miraban sonriéndose, y yo á mi vez me sonreia tambien: hubiera querido decirles cuán enagenada estaba: ¡cuán dulce es, esclamé, vivir rodeada de amigos!

"¡Qué de gente en las calles! ¡qué palacios tan magníficos! ¡qué brillantes equipages! Apenas noté que las calles eran estrechas: ¡qué gentío! ¡qué ruido! ¡qué placer! Yo no podia bendecir bastante mi salida del monasterio: iba á espresar de nuevo mi reconocimiento á mi padre; pero sus miradas me contuvieron y permanecí muda..... Soy demasiado difusa: las dulces imágenes de los placeres que la memoria nos representa son aun demasiado gratas á nuestra alma: se mira siempre con cierta especie de gusto melancólico la sombra del placer aun cuando se haya desvanecido la realidad."

"Me separé de París suspirando, y no dejé de echar la vista sobre él sino cuando se perdieron de vista las torres de las iglesias en los confines del horizonte. Muy pronto entramos en un camino sombrío y poco frecuentado: á la tarde llegamos á un matorral silvestre: miré alrededor de él por si se hallaba alguna habitacion; pero no ví ninguna, ni aun se descubrió una sola persona: en aquel momento sentia yo algo que se parecia á lo que esperimentaba en el convento. Desde que salí de él, jamás mi corazon se habia visto tan triste. Mi padre guardaba siempre silencio: yo le pregunté si nos acercábamos á casa; me respondió que sí. Sin embargo sobrevino la noche antes que llegásemos á ella: llegamos por fin á una casa aislada en un terreno yermo; pero señora, no tengo necesidad de describírosla, pues que ya la conoceis. Luego que el coche se detuvo, aparecieron dos hombres á la puerta y nos ayudaron á bajar. Tenian un semblante tan sombrío, y hablaban tan poco, que me creia todavía en el convento. Es cierto que despues de haber salido de él no habia hallado figuras tan tristes. ¿Es esta dije entre mí misma, una parte de este mundo que he contemplado con tanto placer? Lo interior de la casa tenia el aspecto mas miserable; estaba sorprendida de que mi padre hubiese escogido semejante habi-

tacion, y de no ver en ella ninguna muger; pero yo sabia que á mis preguntas no obtendria otra cosa que reconvenciones, y asi las evitaba. Al cenar, los dos hombres que ya habia visto se pusieron á la mesa con nosotros, hablaron poco, pero parecia que me observaban mucho. Esto me embarazaba demasiado, y me daba una pesadumbre: mi padre lo percibió y les lanzó una mirada, que me hizo conocer habia cierto plan que yo no podia comprender. Habiéndonos levantado de la mesa, mi padre me tomó de la mano y me condujo á mi habitacion. Puso en ella la luz, me dió las buenas noches y salió, dejándome entregada á mis solitarias reflexiones. ¡Cuán diferentes eran de las que yo me complacia en hacer algunas horas antes! La esperanza y la felicidad hacía poco que me sonreian; ahora la tristeza y la esperanza engañada andaban alrededor de mi alma y pintaban con los mas negros colores la perspectiva del porvenir. El aspecto de todo lo que me rodeaba contribuia á consternarme: en el suelo se hallaba un pequeño lecho sin cortinas: dos sillas viejas y una mesa; hé aquí el total de los muebles de esta habitacion. Me acerqué á la ventana con intencion de ver lo

que pasaba, ó qué escenas se presentaban por fuera; pero la encontré cerrada. Esta circunstancia me admiró, y juntándose á la estraña apariencia de la casa, y á la figura y conducta de los dos hombres que habian cenado con nosotros, me perdia en un laberinto de conjeturas. Al fin me acosté; pero las inquietudes de mi alma desviaron el sueño de mis párpados: tristes y sombrías imágenes vagaban en mi imaginacion, y sin cerrar los ojos caí en una especie de letargo. Creia verme con mi padre en un desierto: sus miradas eran severas; sus movimientos amenazadores: me reconvenia por haber dejado mi convento: hablándome así, habia sacado de su faltriquera un espejo que me entregaba: me miré en él, y me ví (mi sangre se hiela al repetirlo), me ví traspasada de una larga herida, y derramando torrentes de sangre. Entonces creí volverme á hallar en la casa, y de repente oí las siguientes palabras pronunciadas tan distintamente, que aun despues de despierta me costó trabajo durante algun tiempo el no creerlas verdaderas: "*huye de esta casa, pues que la muerte está sobre tu cabeza.*" Me desperté oyendo los pasos de alguna persona que subia por la escalera. Este era mi padre

que volvia á su habitacion: me admiré de que se retirase tan tarde, porque ya era mas de media noche.

"Al dia siguiente por la mañana se reunió al desayuno la compañía de la víspera, y todo fue tan taciturno y sombrío como entonces." La mesa fue servida por un lacayo de mi padre; pero si habia allí algun cocinero ó criados eran invisibles. Al dia siguiente cuando quise salir de mi habitacion, me admiré de encontrar la puerta cerrada; esperé largo tiempo antes de aventurarme á llamar; lo hice: no se me respondió; me acerqué á la ventana y llamé con mas fuerza; pero solo oí el eco de mi voz. Pasé cerca de una hora en un estado de sorpresa y de terror que me es imposible describir. Al fin oí subir por la escalera: llamé de nuevo; pero se me respondió que mi padre habia partido por la mañana para París, que volveria dentro de pocos dias, y que mientras esto se verificaba habia mandado se me tuviese encerrada en mi habitacion. Hice presente mi sorpresa y mis temores: se me aseguró que nada debia temer, y que viviria allí tan bien como si gozase de entera libertad.

"El fin de este discurso pareció ofrecer-

me un bien estraño consuelo. Apenas me atreví á replicar, teniéndome que someter á la necesidad de las circunstancias con la mayor resignacion; viéndome entregada á mis tristes reflexiones. ¡Qué dia pasé sola y presa del pesar y del temor! Traté de adivinar la causa de este cruel trato, y acabé por concluir que mi padre habia formado el plan de castigarme por mi primera desobediencia; pero ¿por qué abandonarme al poder de estas gentes estrañas, de estos hombres cuyo esterior llevaba el sello de la maldad tan profundamente impreso que llenaba de terror mi alma sin esperiencia? Mis sospechas no hacian mas que sumergirme en mayor irresolucion; pero sin embargo me fue imposible hacer otra cosa. El dia se consumió en lamentos y en conjeturas: llegó la noche; pero ¡qué noche! La obscuridad me representaba nuevos temores; miré alrededor de la habitacion por si tenia algun medio de atrancar la puerta por dentro; pero nada descubrí: al fin imaginé atrancarla con la espalda de una silla vuelta del revés. Apenas habia acabado de hacer esta operacion y me hube acostado vestida, no para dormir sino para velar, cuando oí llamar á la puerta de la

casa: se abrió y cerró con tal prontitud, que la persona que habia llamado parecia no haber hecho mas que entregar una carta ó dar algun recado. Muy luego oí por intervalos en el cuarto, que tenia una reja, varias voces que hablaban muy bajo, elevándose todas juntas algunas veces como en una acalorada disputa. Por un movimiento de curiosidad me esforcé á ver si distinguia lo que decian; pero fue en vano: solo una vez oí pronunciar mi nombre, pero nada mas.

"Así se pasaron las horas hasta media noche en que todo quedó en silencio. Habia permanecido algun tiempo sobre mi cama luchando entre el temor y la esperanza, cuando sentí llegar muy despacio y tocar á la cerradura de la puerta. Me arrojé de la cama y escuché con el mayor silencio por instante; despues del cual volvió á oirse el ruido y oí hablar muy quedo de la parte de afuera. Las fuerzas me faltaban; pero conservaba todavia el sentido: en este tiempo se hizo un esfuerzo contra la puerta como para violentarla; dí un grito, y al momento oí las voces de los hombres que habia visto en la mesa con mi padre, los cuales me dijeron que les abriese; y como no

respondia, profirieron las imprecaciones mas amenazadoras. Yo tenia bastante valor para ir hasta la ventana con la única esperanza de salvarme por allí; pero mis débiles fuerzas nada podian contra las barras que la cerraban. ¡Oh! ¡Cómo podré, recordando tales momentos de horror manifestar bastante mi reconocimiento á los que me han salvado de esta terrible situacion, y que en el dia me consuelan!"

"Despues de haber permanecido algun tiempo á la puerta, bajaron la escalera. ¡Cuánto revivia mi corazon á cada paso que se alejaban! Caí en tierra, y dí gracias al Ser Supremo de haberme salvado en aquel momento, implorando su proteccion para lo sucesivo. Despues de esta corta oracion me levanté, cuando de repente oí ruido del otro lado de la pieza; mirando alrededor ví abrirse la puerta de un pequeño gabinete; y que dos hombres entraban en mi cuarto.

"Se apoderaron de mí y caí en sus brazos sin conocimiento: ignoro el tiempo que pasé en este estado; pero volviendo en mí, me hallé sola y oí diferentes voces en el cuarto bajo. Tuve bastante presencia de ánimo para correr á la puerta del gabinete, único

recurso que tenia para salvarme; pero estaba cerrada. Reflexioné entonces que era posible que los malvados se hubiesen olvidado de echar la llave de la otra puerta que yo habia atrancado con la silla; pero tambien me salió fallida esta esperanza. La desesperacion se apoderó de mí, y permanecí algun tiempo inmóvil.

"Un ruido violento que partia de abajo me hizo volver en mí, y á poco oí que subia gente por la escalera. Entonces me tuve por muerta: los pasos se acercaban y se volvió á abrir la puerta del gabinete: permanecí en el mismo sitio en que me hallaba, y ví á los mismos hombres entrar en mi habitacion. Ni les hablé, ni hice resistencia, porque las facultades de mi alma habian perdido el poder de sentir como cuando nuestro cuerpo ha recibido un golpe tan violento que entorpece la sensacion del dolor. Me condujeron abajo; se abrió la puerta de una habitacion donde hallé á un estrangero. Entonces fue cuando recobré el sentido: grité, quise evadirme de sus manos; pero se me arrastró por fuerza. Es inútil deciros que este estrangero era el señor de La-Motte, y sí solo que le bendeciré para siempre como á mi libertador."

Adelina dejó de hablar y Madama La-Motte guardó silencio. Habia en esta relacion ciertas circunstancias que escitaban toda su curiosidad. "¿Creis, dijo á su amiga, que vuestro padre tuviese alguna parte en este horrible misterio?" Aunque fuese imposible dudar de ello, Adelina pensó, ó mas bien fingió pensar, que no era culpable de ningun plan contra su vida. "Sin embargo, dijo La-Motte, ¿qué motivos podremos suponer para cohonestar una barbarie tan evidentemente gratuita?" Solo á esto se limitaron sus preguntas, y Adelina confesó que despues de haber tratado largo tiempo de esplicar este enigma, lo habia al fin abandonado llena de horror.

Madama La-Motte espresó sin reserva toda la simpatía que escitaba en ella tan estraordinario infortunio: y esta mútua prueba de afecto, estrechó mas y mas los nudos de la amistad. Adelina creyó aliviada su alma con la revelacion que acababa de hacer á Madama La-Motte, y ésta reconoció el precio de semejante confianza aumentándose hácia Adelina la mas afectuosa atencion.

CAPITULO CUARTO.

Habia pasado La-Motte mas de un mes en esta soledad, y su muger tenia la satisfaccion de ver que recuperaba la calma y la alegría. Adelina participaba vivamente de esta satisfaccion, y con justo título se felicitaba á sí misma de su situacion actual. Su buen humor y sus cuidados habian efectuado lo que no habian podido obrar las mayores súplicas de su amiga. La-Motte no parecia indiferente á las admirables disposiciones de Adelina, y algunas veces la daba gracias con mas ardor que lo que tenia de costumbre. Adelina por su parte le miraba como su único protector, y él la profesaba la misma ternura que á una hija.

El tiempo que habia pasado en este pacífico retiro habia suavizado mucho la memoria de los sucesos pasados, y vuelto á su ánimo la armonía natural: cuando su imaginacion le representaba sus cortas y romanescas esperanzas de felicidad, daba un profundo suspiro; y á esta encantadora ilusion era menor el resentimiento de su error que

lo que la alegría de su seguridad y de su consuelo actual.

Pero la satisfaccion que la alegría de La-Motte derramaba en su familia duró muy poco. De repente se volvió taciturno y reservado; la sociedad de aquella dejó de tener para él atractivo alguno; pasaba horas enteras en los lugares mas solitarios de la Selva, entregado á la melancolía y á pesares secretos; no obstante, no tardó en observarse que ya no se abandonaba como antes sin alguna reserva á su humor sombrío; antes por el contrario se esforzaba evidentemente en ocultarlo, y su alegría era demasiado artificial para que pudiera escaparse á la penetracion de los que le rodeaban.

Su criado Pedro, ya por curiosidad, ya por afecto, le seguia á la Selva sin que La-Motte le viese; advirtió que se retiraba frecuentemente á un cierto lugar muy estraviado: luego que llegaba á él desaparecia siempre antes que Pedro (que se esforzaba en seguirle á lo lejos) pudiese reconocer exactamente adonde iba.

Esta mutacion en las costumbres de La-Motte era demasiado manifiesta para que su muger no la notase; por lo cual empleó

todas las invenciones que el afecto puede inspirar á una muger ; todo lo que pueden inventar los artificios para hacer que se declarase y tuviese confianza en ella ; pero La-Motte insensible á la influencia de las unas, supo resistir á la seduccion de los otros. Viendo que todos sus esfuerzos no podian disipar las sombras que rodeaban su alma, ni penetrar la causa de ellas, Madama La-Motte se vió precisada á renunciar á su esperanza, y trató de acomodarse á esta misteriosa tristeza.

Sucedíanse las semanas, y el mismo secreto continuaba cerrando la boca y devorando el corazon de Madama-La-Motte. No se habia descubierto el lugar de sus paseos y de sus visitas en la Selva. Pedro habia mirado muchas veces alrededor del sitio en que su amo desaparecia ; pero jamás habia descubierto ningun paraje por donde pudiese sospechar que se ocultaba. La admiracion del criado se aumentó hasta tal punto, que siéndole imposible contenerla, la comunicó á Madama La-Motte.

Esta disimuló delante de Pedro la sensacion que la causó su relacion, y le reprehendió por los medios que habia empleado para satisfacer su curiosidad ; pero

reflexionando sobre esta circunstancia, y acordándose de la alteracion que habia notado en el humor de su esposo, renacieron sus inquietudes y se redoblaron sus dudas. Despues de haber reflexionado sobre ello largo tiempo, no pudiendo fijarse en la causa que motivaba semejante conducta, no tardó en atribuirla á la influencia de una pasion criminal ; y su corazon, mas rápido que su juicio, la confirmó en esta suposicion abriéndose á todos los tiros de los celos.

Comparativamente hablando, Madama La-Motte no habia conocido hasta este momento la afliccion ; habia dejado sus mas amados amigos, sus conocimientos mas íntimos..... habia abandonado los placeres y las delicias, y casi todo lo necesario á la vida..... ¡habia huido con su familia á un destierro, y á un destierro el mas horroroso! Esperimentaba reunidos todos los males de la realidad y del temor : todo lo habia sufrido con paciencia, y sostenida por el afecto de aquel por quien padecia, aunque este afecto habia parecido debilitarse durante algun tiempo, habia sin embargo tolerado la frialdad con valor ; pero el último golpe del infortunio, evitado hasta entonces, vino á oprimirla con una fuerza ir-

resistible; este amor cuya pérdida sentia, le habia puesto en otra. El afecto de las pasiones violentas es el de confundir las facultades de la razon y arrastrarlas en su misma direccion. El juicio de Madama La-Motte fuera ya de la influencia de su corazon, la habria mostrado en el objeto de su ternura algunas particularidades equívocas, por no decir contradictorias, con sus sospechas. Ninguna de estas circunstancias la ocurrió, y no tardó mucho tiempo en decidir que Adelina era el objeto del amor de su esposo, Era hermosa: ¿qué otra en efecto podia causarle en un rincon de la tierra tan separado del resto del mundo? La misma causa destruyó casi al mismo tiempo el único consuelo que la quedaba, y llorando por no poder ya cifrar su felicidad en la ternura de su esposo, lloraba al mismo tiempo tambien de no poder buscar alivio en la amistad de Adelina. Sin embargo tenia hácia ésta demasiado afecto para sospechar desde luego de la pureza de su conducta; pero á pesar de su prudencia, no la abrió ya su corazon con aquella franqueza propia de su intimidad ordinaria. Se retiró de su confianza, y cuanto mas cubria sus sospechas y sus celos reconcentrados, tanta mas frialdad

mostraba en sus acciones. Adelina advirtiendo esta mutacion, la atribuyó en un principio á la casualidad, y en seguida á un disgusto ó mal humor pasagero, ocasionado por alguna ligera inadvertencia en su conducta: redobló pues sus atenciones; pero conociendo, contra toda su esperanza, que sus esfuerzos para agradar no tenian ya el mayor éxito, y que la reserva de Madama La-Motte se aumentaba, no pudo menos de concebir sérias inquietudes, y resolvió tener una esplicacion con ella. Cabalmente esto era lo que Madama La-Motte evitaba con cuidado, y lo que retardó por algun tiempo; pero Adelina, demasiado interesada en las consecuencias para detenerse en ligeros escrúpulos, fue tanto lo que instó, que Madama La-Motte en un principio se halló en el mayor embarazo; pero acabó por imaginar alguna frívola escusa y hacer que en las sospechas de Adelina apareciese cierto género de ridiculez.

Entonces vió la necesidad de no ser ya reservada con Adelina, y aunque su arte pudo triunfar de las preocupaciones de la pasion, consiguió sin embargo aparentar el esterior de la amistad. Adelina por este medio se vió engañada, y volvió á recobrar su

tranquilidad perdida. Una confianza sin límites en la franqueza y en la bondad de los demas era cabalmente su debilidad; pero las congojas de unos celos reprimidos, atormentaban mas cruelmente el corazon de Madama La-Motte, que á todo trance resolvió conseguir alguna certidumbre sobre el motivo de sus sospechas. Entonces tuvo la debilidad de permitirse un acto de bajeza cuya idea habia rechazado en un principio: éste fue mandar á Pedro que siguiese los pasos de su amo á fin de descubrir, si era posible, el lugar de sus visitas; y á fuerza de escuchar sus celos les dejó tomar tal imperio sobre su razon, que desde luego sospechó de la virtud de Adelina. Muy pronto llegó á figurarse que las desapariciones de La-Motte eran citas con ella, y lo que dió mas fuerza á esta conjetura fue que Adelina daba frecuentemente largos paseos en la Selva, y se ausentaba algunas veces de la Abadía por espacio de muchas horas. Esta circunstancia que Madama La-Motte habia atribuido en un principio al gusto de Adelina por las pintorescas bellezas de la naturaleza, obraban con violencia sobre su imaginacion, y no podia ya mirarlo sino como un pretesto para tener

secretas conversaciones con su esposo.

Pedro obedeció las órdenes de su ama, porque se encontraba tambien animado de su propia curiosidad: no obstante, todos sus esfuerzos fueron en vano, porque no se atrevió jamás á seguir á La-Motte bastante de cerca para reconocer el último sitio en que se retiraba. La impaciencia de Madama La-Motte se aumentaba por este retardo; las dificultades estimularon sus celos, y últimamente resolvió exigir de su marido la esplicacion de su conducta.

Despues de haber reflexionado un poco sobre los medios mas convenientes para conseguirlo, fue á verle; pero al entrar en la habitacion en que estaba, olvidó el papel que habia concertado hacer: cae á sus pies, y permanece por algunos momentos anegada en sus lágrimas. Admirado La-Motte de su postura y de su dolor, la pregunta la causa. -- Vuestra conducta, le responde ella. -- ¡Mi conducta! ¿Y qué parte de mi conducta puede ser? -- Vuestra reserva, vuestra tristeza secreta y vuestras ausencias frecuentes de la Abadía. -- "¿Es estraño que un hombre que casi lo ha perdido todo, llore algunas veces sus infortunios; ó es para él tan gran crímen el querer ocultar sus

dolores, que deba atraerle el menosprecio de aquellos á quienes querria ahorrar el tormento de participar de sus males?"

Á estas palabras sale de su cuarto dejando á su muger inmóvil de sorpresa, pero un poco aliviada del peso de sus primeras sospechas. Sin embargo seguia siempre á Adelina con los ojos de la vigilancia. Muchas veces dejaba caer la máscara de la amistad, y descubria los rayos de la desconfianza. Adelina sin saber por qué, no se hallaba tan bien en su presencia, ni era tan feliz como antes: muchas veces caia en una especie de distraccion, y cuando se hallaba sola lloraba sobre el triste abandono á que se veia reducida. Hacía poco tiempo que la memoria de sus pasadas penas se perdia en la intimidad de Madama La-Motte; y ahora, aunque la conducta de ésta fuese demasiado estudiada para dejar escapar algunas señales bien notables de aborrecimiento, habia en sus modales alguna cosa que helaba las esperanzas de Adelina, sin que pudiese hallar la razon de ella; pero un incidente que sucedió de allí á pocos dias, suspendió por algun tiempo los celos de Madama La-Motte, y sacó á su esposo de su feroz taciturnidad.

Un dia que Pedro habia ido á Auboina por las provisiones de la semana, volvió con ciertos informes que sumergieron á La-Motte en nuevas inquietudes.

— "¡Oh señor! esclamó Pedro, acabo de saber cierta cosa que me ha admirado cuanto es posible, y que no os admirará menos cuando la sepais. Estando yo en casa del herrador, cuando ponia un clavo á la herradura de mi caballo..... pues caminando habia perdido el clavo de un estraño modo: quiero decir, señor, la cosa como ha sucedido.....

— Deja eso para otro tiempo, y continúa tu historia.

— Pues bien, señor, como iba diciendo, cuando yo estaba en la tienda del herrador habia un hombre con una pipa en la boca y un gran trozo de tabaco en la mano.....

— Bueno..... ¿qué relacion tiene la pipa con tu historia?

— Mas señor, no me interrumpais; porque no podré continuar á menos que no me dejeis decir las cosas á mi modo. Como iba diciendo pues..... una pipa en la boca; ¿no estaba en esto señor?

— Sí, sí, hombre..... acaba.

— Se sienta sobre el banco, y quitándose la pipa de la boca dijo al herrador "vecino, ¿conoceis por aquí á alguno que se llame *La-Motte*?..... ¡Ah! señor, todo mi cuerpo se cubrió de un frio sudor en aquel momento..... ¿Se encuentra el señor incomodado? Iré á buscar alguna cosa."

— No; pero sé mas breve en tu relacion.

— "La Motte..... La Motte..... dijo el herrador..... creo haber oido este nombre.

— ¿Es cierto eso? le dije yo: en ese caso teneis buena memoria, porque por aquí no hay persona de este nombre, á lo menos que yo sepa.

— Necio..... ¿por qué has dicho eso?

— Porque no tenia necesidad de darles á conocer que el señor estaba aquí; y si yo no me hubiera conducido tan diestramente se hubiera adivinado..... "No hay por aquí persona de ese nombre que yo sepa."

— "En verdad, dijo el herrador, que en ese caso vos conoceis mejor que yo la vecindad."

— Sí, dijo el hombre de la pipa; sin

duda: ¿cómo es que conoceis tan bien la vecindad? Para el san Miguel que viene habrá como veinte y seis años que vivo aquí, y vos sabeis mas que yo.

— Entonces pone la pipa en su boca y me echa la humareda en la cara. ¡Dios mio! señor, yo temblaba de la cabeza á los pies.

— "En cuanto á eso, respondí, yo no sé mas que otro; pero estoy bien seguro de no haber oido hablar de una persona que tenga ese nombre."

— "Dale..... dijo el herrador, mirándome con la vista un poco torva, ¿no sois vos el hombre que hace algun tiempo preguntaba por la Abadía de Saint-Clair?"

— "Y bien; aun cuando eso sea así, he respondido, ¿qué prueba?"

— "En verdad, dijo el herrador, volviéndose hácia el hombre de la pipa, se cree que habita ahora gente en la Abadía, y segun lo que se me pone en la imaginacion podria muy bien ser ese mismo La-Motte."

— "Tambien se me ha prevenido á mí, dijo el hombre de la pipa, levantándose: vos sabeis mas sobre eso que lo que decís. Apostaria mi cabeza á que ese Monsieur La-Motte habita en la Abadía."

— Y bien, le dije yo, os engañais; porque ahora no habita en la Abadía.

— "Maldita sea tu tontería, esclamó La-Motte; pero acaba..... ¿Cómo ha terminado esta conversacion, ó en qué ha quedado la cosa?"

— "Mi amo no habita allí."

— "Eh, eh, dijo el de la pipa; ¿con que es vuestro amo? Y bien: vamos; decidme, si gustais, ¿cuánto tiempo hace que ha dejado la Abadía?..... ¿dónde habita ahora?"

— Poquito á poco; no vayamos tan ligeros..... yo sé cuando es menester hablar y cuando es menester callar..... ¿pero quién es el que ha preguntado por él? ¿quién le busca?

— "¡Cómo! ¿esperaba pues allí á alguno, dijo el hombre de la pipa?"

— No, dije yo: no esperaba á nadie; pero aun cuando eso fuese, ¿qué prueba?

— "Eso no prueba nada....." Entonces ha mirado al herrador; ambos han salido sin que se haya acabado de echar la herradura á mi caballo; pero esto era tambien en lo que yo menos pensaba, porque luego que se fueron he ensillado otra vez

y he partido á todo correr; pero en medio de mi espanto he olvidado tomar el camino estraviado, y últimamente he vuelto por el derecho á casa."

— Muy desconsolado La-Motte de lo que acababa de saber, responde á Pedro maldiciendo su torpeza, y en seguida va á buscar á su esposa que se paseaba con Adelina á orillas del arroyo. Estaba demasiado agitado para un exordio. "Somos descubiertos, dice, los ministros de justicia han venido á informarse de mí á Auboina, y las majaderías de Pedro han causado mi pérdida." Entonces les refiere la conversacion de Pedro, y las dice que se preparen á dejar la Abadía.

— "¿Pero adónde hemos de huir dijo Madama La-Motte, que apenas se podia sostener?"

— "No nos importa el sitio adonde vayamos dijo aquel; lo que digo es que si diferimos el huir somos perdidos; á lo que yo creo debemos refugiarnos en Suiza: si en algun lugar de la Francia pudiera ocultarme seguramente era este.....

— ¡Ay de mí, qué persecucion, respondió Madama La-Motte! Apenas hemos hecho esta habitacion un poco cómoda, cuan-

do nos vemos forzados á dejarla, é ir..... ¿á dónde?"

— "Deseo que lo ignoremos, replicó La-Motte, porque este es el menor mal que puede sucedernos. Evitemos la prision, y poco me importa el lugar á que vayamos. Pero volved á la Abadía al momento á empaquetar los muebles que sea posible."

Torrentes de lágrimas vinieron al socorro de Madama La-Motte, que sin decir nada se apoyó temblando en los brazos de Adelina. Aunque esta no pudiese ofrecerla ningun consuelo, se esforzó á ocultar sus propias sensaciones, y aparentó tranquilidad. "Vamos, dijo La-Motte, no perdamos tiempo; preparémonos á huir; despues nos lamentaremos: manifestad un poco de valor tan necesario para sacarnos del peligro. Adelina no llora, y sin embargo su situacion es tan desgraciada como la nuestra. Yo no sé cuánto tiempo podré servirla todavía de protector."

A pesar del terror que esperimentaba Madama La-Motte, su amor propio se ofendió de esta reconvencion. Bañada en lágrimas no se digna responder, y arroja sobre Adelina una mirada que indica una

profunda espresion de descontento. Como llegasen á la Abadía en silencio, Adelina preguntó á La-Motte si estaba cierto fuesen los ministros de justicia los que se habian informado de él.

— "No puedo dudarlo, respondió; porque ¿qué otra persona podria preguntar por mí? Por otra parte la conducta del que ha citado mi nombre hace la cosa demasiado evidente.

— "Quizá no, dijo Madama de la Motte; esperemos hasta mañana por la mañana para partir; acaso nuestra fuga no sea necesaria."

— "Sin duda; y durante este tiempo los ministros de justicia podrán muy bien deciros otro tanto." La-Motte da órden á Pedro para partir dentro de una hora. ¡Dentro de una hora, dice Pedro! ¡Dios mio! Señor pensad solamente en la rueda del coche: seria menester á lo menos un dia para componerla, porque el señor sabe bien que yo no he compuesto ninguna en toda mi vida."

Esta era una circunstancia que absolutamente habia echado en olvido La-Motte cuando se establecieron en la Abadía. Pedro se habia ocupado demasiado en un princi-

pio en poner las habitaciones corrientes para acordarse del coche; y en seguida, imaginando que no habia necesidad tan pronto de marchar, habia descuidado el componer la rueda. Entonces La-Motte perdió la paciencia, y profiriendo mil juramentos: ordenó á Pedro que inmediatamente pusiese mano á la obra; pero ya no existian los materiales que se compraron para ello en un principio, y Pedro se acordó, aunque fue bastante prudente para no decir nada, de que habia empleado los clavos para la reparacion de la Abadía.

Era pues imposible dejar la Selva en el mismo dia: no quedaba á La-Motte otro recurso sino reflexionar los medios mas probables de evitar el ser descubiertos si los ministros de justicia venian á visitar las ruinas antes del dia siguiente, lo que no era inverosimil por la falta de prevision de Pedro en volver de Auboina por el camino derecho.

Al principio le ocurrió que á pesar de la imposibilidad de llevar consigo á sus compañeras, era fácil tomar uno de los caballos y salir de la Selva antes de la noche; pero tambien pensó que siempre corria algun peligro de ser conocido por los pueblos

donde pasase, y no podia tampoco familiarizarse con la idea de dejar á su familia abandonada sin saber si volveria á juntarse con ella en el parage donde podria citarla para que le siguiesen. La-Motte no era capaz de tomar un partido vigoroso, y quizá amaba mejor padecer acompañado que solo.

Despues de haber reflexionado largo tiempo, se recuerda de la trampa del gabinete que pertenecia á las habitaciones de arriba. Esta trampa no podia descubrirse facilmente, y á cualquier parte que le condujese le pondria al abrigo de poder ser descubierto: habiéndose detenido un poco para pensar con mas madurez sobre este punto, se decidió á visitar los lugares secretos adonde conducia la escalera, imaginando que toda su familia podria mantenerse allí oculta durante algun tiempo. No pasaron muchos momentos entre concebir el plan y ejecutarlo, porque la obscuridad iba en aumento y á cada susurro del viento se figuraba oir la voz de sus enemigos.

Pidió una luz y subió á su cuarto, y habiendo llegado al gabinete, tardó algun tiempo en encontrar la trampa que estaba perfectamente unida al entablado: al fin

la halla y la levanta: los frios vapores de un aire incomunicado por muy largo tiempo principian á exhalarse por la abertura: La-Motte los deja pasar por un momento antes de decidirse á bajar: mirando á este abismo se acordó de lo que Pedro le habia contado concerniente á la Abadía, y ésto le causó una sensacion penosa; pero al fin antepuso á todos los pensamientos el interés que por entonces le urgia mas. La escalera era bastante pendiente y retemblaba en muchos parages bajo sus pies. Despues de haber continuado bajando por espacio de algun tiempo; puso el pié en tierra y se halló en una estrecha galería: cuando iba á volverse para seguirla, los vapores que le rodeaban estinguieron la luz: llamó á Pedro en alta voz; pero no fue oido de nadie, y despues de algunos minutos, trató de buscar el camino de la escalera, que halló con efecto, aunque no sin dificultad; y atravesó con prudencia las habitaciones bajas de la torre.

La seguridad que parecia prometerle el lugar de que acababa de salir era demasiado importante para desecharla de repente; y así resolvió hacer una nueva tentativa con la luz, que puso en una linterna, y bajó

segunda vez á la galería. La corriente de los vapores ocasionados por la abertura de la trampa se habia casi estinguido, y el aire nuevo que habia entrado por ella principiaba á circular; por lo que La-Motte se adelantó sin accidente alguno.

La galería era muy larga y le condujo á una puerta cerrada; puso su linterna á alguna distancia para evitar la corriente del aire, é hizo los mayores esfuerzos para violentar la puerta; mas ésta se movia y no se abria: examinándola con mas atencion observó que la madera estaba carcomida junto á la cerradura, probablemente por la humedad, lo que le animó á continuar; y al impulso de algunos esfuerzos cedió la puerta y se halló en una habitacion enlosada.

Permaneció algunos instantes examinándola: las paredes, de las cuales destilaba una humedad mal sana, estaban enteramente desnudas, y no presentaban la mas pequeña ventana: el aire solo entraba por una reja de hierro. Á la estremidad, cerca de un sitio húmedo, se hallaba otra puerta: La-Motte se acercó á ella y de paso miró aquella profundidad: advirtió en ella un gran cofre: se acercó para examinarle,

y levantando la tapa vió los restos de un esqueleto humano. Su corazon se heló de terror, é involuntariamente se volvió atrás. Despues de haberse detenido por algunos instantes, se apaciguó su primera conmocion; pero la curiosidad que cualquier objeto de terror escita muchas veces en el corazon del hombre, le hizo arrojar todavía una mirada sobre el horrible esqueleto.

La-Motte permanecia inmóvil á esta vista. El objeto que tenia delante le parecia confirmar los rumores esparcidos de que alguno habia sido asesinado en la Abadía. Cierra en fin el cofre y se acerca á una segunda puerta igualmente cerrada; pero estando puesta la llave en la cerradura, la dió vuelta sin dificultad. Notó que la puerta se cerraba ademas por dos gruesos cerrojos, y los desecha; se abre la puerta que daba á un tramo de escalera, baja por ella y vá á parar á una fila de bóvedas bajas ó mas bien de celdillas que por la forma de su construccion y su estado actual, parecian contemporáneas de las mas antiguas partes de la Abadía. En el abatimiento de espíritu en que se encontraba La-Motte, pensó que estas bóvedas ó celdas eran los sepulcros de los religiosos que en otro tiempo habian habitado el edificio superior; pero tal vez habrian sido mas bien construidas para penitencia de los vivos que para el reposo de los muertos.

Habiendo llegado al fin de las celdas, halló todavía la galería cerrada por otra puerta: duda un poco si intentará ir mas lejos. El lugar en que estaba, le pareció que ofrecia la seguridad que buscaba: podia pasar allí sin que le atormentase el temor de verse descubierto; y era probable que si los ministros llegaban durante la noche y hallaban la Abadía desierta, se marcharian antes de amanecer, ó á lo menos antes de que nada les obligase á dejar su asilo. Estas consideraciones volvieron á su alma la tranquilidad: el mas urgente de todos sus cuidados era solamente el de que no cayesen sobre él de improviso, y ya se reconvenia de haberse parado tanto tiempo á deliberar.

Pero un deseo invencible de saber adonde conducia esta puerta, detiene sus pasos y se vuelve para abrirla: la puerta estaba bien cerrada y tratando de violentarla, oyó de repente un ruido sobre su cabeza: al punto pensó que los ministros de justicia habian quizá venido ya, y dejó las celdas

con precipitacion con objeto de escuchar á la puerta de la trampa.

« Allí, dijo, podré oir sin peligro y saber quizá alguna cosa de lo que pasa ; á mis compañeros no los conocerán, ó á lo menos no se les hará daño alguno: en cuanto á su inquietud es necesario que aprendan á sufrirla. »

Tales eran los discursos de La-Motte: es menester confesar que descubrian mas prudencia y egoismo que un tierno cuidado por su esposa. Sin embargo habia vuelto á lo último de la escalera, cuando alzando los ojos vió que habia dejado la trampa abierta. Subia con ligereza para cerrarla: oye pasos que se adelantan por las habitaciones de lo alto y antes que pudiese bajar bastante para ocultarse en un todo, miró aun arriba, y por la abertura descubrió el rostro de un hombre que le miraba. « Nuestro amo, esclamó Pedro. » La-Motte se tranquilizó un poco al oir esta voz; pero no dejó de incomodarse del terror que le habia causado. »

— « Qué quieres ? ¿qué tienes qué hacer aquí ? »

— « Nada, señor ; no tengo nada que hacer. Solamente que mi ama me envia á buscar al señor. »

— « ¿No ha venido nadie dijo La-Motte poniendo el pié sobre la escalera ? »

— « Sí señor. Está aquí la señorita Adelina, y.....

— Muy bien..... dijo La-Motte con alegría: anda, que allá voy. »

La-Motte dijo á su muger donde habia ido; la comunicó el plan que habia formado de ocultarse, y deliberaron sobre el medio de persuadir á los ministros, en caso que viniesen allí, que habia dejado la Abadía. Con esta mira mandó mudar todos los muebles á las celdas de abajo y ayudó él mismo á la operacion. Todos pusieron mano á la obra para acelerarla, y en poco tiempo quedó la parte habitable del edificio en un estado tan desmantelado como la habian encontrado á su llegada. En seguida dijo á Pedro que condujese los caballos á alguna distancia de la Abadía dejándolos en libertad. Todavía imaginó un espediente que debia contribuir mucho á engañar á los ministros de justicia: tal fue la de poner en alguna parte visible del edificio una inscripcion que espresase su infortunio y contuviese la fecha de su partida de la Abadía. Con este objeto puso encima de la puerta de la torre que conducia á la parte habitable las líneas siguientes.

"P. L. M. *Un desgraciado desterrado buscó en estos muros un refugio contra la persecucion en el 7 de abril de 1658, y los abandonó el 22 de junio del mismo año para buscar un asilo mas conveniente.*"

Despues de haber gravado estas palabras con un cuchillo, puso en una cesta el corto resto de las provisiones de la semana; porque Pedro con su miedo se habia vuelto del último viage sin traer nada. Habiendo reunido La-Motte á todos sus compañeros, subieron la escalera de la torre y atravesaron todas las habitaciones hasta el gabinete. Pedro pasó el primero con una luz, y le costó algun trabajo el hallar la puerta de la trampa. Madama La-Motte se estremeció al ver aquella profundidad; pero cada uno guardaba silencio.

Entonces La-Motte toma la luz y dirige la marcha, al cual sigue su esposa, y despues Adelina.

—"Apuesto, señor, que á los frailes que aquí habitaron les gustaba el buen vino como á los demas, dijo Pedro, que era el que iba de retaguardia. Yo estoy casi seguro, señor, de que aquí tenian su bodega, porque como que percibo el olor de los toneles."

—"Calla, dijo La-Motte, y reserva esas burlas y tonterías para mas conveniente ocasion."

—"Pues qué, ¿acaso es malo el que guste el buen vino? Bien sabe el Señor que....."

—"Acaba de tonterías ya, dijo La-Motte con un tono mas irritado, y pasa el primero.—" Pedro obedece.

Llegan á la habitacion de las bóvedas: el esqueleto horroroso que habia visto allí La-Motte, le quitó la idea de pasar la noche en aquella pieza. Los muebles se habian llevado por su órden á las celdas del interior: temblaba de que sus compañeros viesen el esqueleto, y que esta vista escitase el grado de horror que no podrian sufrir mientras habitasen en este lugar; y asi La-Motte pasó ligeramente por delante del cofre. En cuanto á su esposa y Adelina estaban demasiado ocupadas de sus pensamientos para que pusiesen la mayor atencion en circunstancias esteriores.

Habiendo llegado á las celdillas, Madama La-Motte, lloraba al considerar que la necesidad les condenaba á vivir en tan horrible morada. "¡Ay de mí! dijo: ¡estamos reducidos á esta estremidad!" Las habitaciones de

arriba me parecian al principio una estancia deplorable; pero son un palacio en comparacion de estas."

—"Verdad es, querida mia, dijo La-Motte; pero bueno será que la memoria de lo que has querido en un principio, suavice ahora el desconsuelo: estas celdillas son un palacio comparadas con Bicetre y la Bastilla (*), y con los terrores del horroroso castigo que nos acompañaria si nos hallasen. Es menester que el temor del mayor mal te enseñe á sufrir el menor: yo estoy contento si encuentro aquí el refugio que busco."

Madama La-Motte permanecia muda; y Adelina olvidando sus últimos agravios, trataba de consolarla lo mejor que podia, mientras que su propio corazon sucumbia bajo los infortunios que no dejaba de preveer. Manifestaba un semblante tranquilo y alegre, y con el mas vigilante interés prevenia á Madama La-Motte en lo que deseaba, y ésta se hallaba tan contenta en ver á su esposo en este asilo, que casi perdia el

(*) Dos fortalezas ó prisiones horrorosas de París, que fueron destruidas al principio de la revolucion francesa, y arrasadas por el pueblo. (*Nota del Traductor.*)

sentimiento de verse en una situacion tan horrible é incómoda.

Esto es lo que espresó sin rodeos á La-Motte: éste no podia ser insensible á tal prueba de afecto. Madama La-Motte lo conoció, y escitó en ella un sentimiento penoso; sin embargo tomó la efusion del reconocimiento por la de la ternura.

La-Motte volvió muchas veces á la trampa á escuchar si habia alguien en la Abadía; mas ningun ruido turbaba la calma y la obscuridad. En fin, se pusieron á la mesa, y la cena fue bien triste.

—"Amigo mio, dijo Madama suspirando, si los ministros no viniesen esta noche, y Pedro volviese mañana á Auboina, podria tomar mejores instrucciones, descubriendo algo de lo que deseamos saber; ó á lo menos proporcionarnos un carruage para salir de aquí."

—"Sin duda, dijo La-Motte, que podria hallar uno; pero tambien podria encontrar con gentes que le siguiesen; y ademas Pedro sería un escelente hombre para enseñar á los ministros el camino de la Abadía, y aun para informarles en términos que no pudiesen dudar; es decir, darles noticia de que yo estaba aquí escondido."

— "¡Qué cruel ironía! dijo Madama: lo que yo proponia era solamente por nuestro bien comun; he podido engañarme en mi idea, pero seguramente la intencion era pura." Pronunciando estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas. Adelina queria consolarla, pero callaba por delicadeza. La-Motte notó el efecto de este discurso, y una especie de remordimiento penetró en su corazon. Acercóse á su esposa, y tomándola la mano la dijo. "Debes perdonar el desórden en que se halla mi alma. Yo no trataba de afligirte: la idea de enviar á Pedro á Auboina, donde ha hecho tantas tonterías, no he podido menos de desecharla. No querida amiga; nuestra única salvacion es permanecer donde nos encontramos, mientras duren nuestras provisiones. Si los ministros no vienen esta noche, probablemente vendrán mañana, ó acaso esotro dia; y aun cuando hayan andado y registrado toda la Abadía para buscarme, se irán de ella, y entonces podremos salir de este asilo y tomar las medidas oportunas para pasar á un pais mas lejano."

Madama La-Motte conoció la verdad de esta observacion, y habiéndose consolado su alma por la corta satisfaccion que acababa de darla su marido, volvió á recobrar su serenidad. Despues de cenar, La-Motte puso al fiel pero sencillo Pedro al pié de la escalera que subia al gabinete para que estuviese allí de centinela. En seguida volvió á las celdas de abajo adonde habia dejado á su familia, y habiéndose preparado las camas, y dádose todos las buenas noches, se acostaron é imploraron el sueño.

El pensamiento de Adelina se hallaba muy ocupado para que la permitiese descansar; y asi es que cuando creyó á sus compañeros dormidos, se abandonó á la tristeza de sus reflexiones. Miraba el porvenir con los colores mas funestos. Si La-Motte era arrestado ¿qué sería de ella? ¡Entonces se vería una criatura errante sobre la tierra, sin amigos que la protegiesen, sin dinero..... su suerte era la perspectiva mas triste..... era terrible! Los pesares de los señores de La-Motte, á quienes amaba con el mas vivo afecto, no dejaban tambien de interesar los suyos demasiado.

Algunas veces se acordaba de su padre; pero no veia en él mas que un enemigo de quien debia huir: este recuerdo aumentaba su pena; pero la idea de las que la habia ocasionado, la afligian todavía menos que

el sentimiento de su seguridad. Vertia lágrimas amargas; pero al fin se dirigió al Ser supremo, y se entregó á su providencia infinita con la piedad sencilla que solo pertenece á la virtud, y su alma se tranquilizó por grados muy pronto.

CAPITULO QUINTO.

La noche se pasó sin sobresalto: Pedro habia permanecido en su sitio, y nada habia oido que le impidiese dormirse. La-Motte mucho tiempo antes de percibirle, le oyó que roncaba musicalmente: al momento despertó por las voces terribles y airadas de La-Motte.

—"Dios os bendiga, nuestro amo, esclamó despertando: ¿han venido.?"

—"Sino estan aquí no es por culpa tuya. ¿Te he puesto yo acaso para que te duermas bribon?

—"Dios mio! Nuestro amo, respondió Pedro, el sueño es el único buen tiempo que puede tener uno: en cuanto á mí, yo no tendria corazon para negársele á un perro."

La-Motte le preguntó sériamente acerca de cierto ruido que habia oido durante la noche, y Pedro le contestó solemnemente que él no lo habia oido. La asercion era verdadera en rigor, porque habia tenido el buen tiempo de dormir sin interrupcion.

La-Motte sube á la puerta de la trampa, y escucha con atencion: no oye ningun ruido, y se aventura á levantarla. La luz resplandeciente del sol hiere sus ojos: la mañana estaba ya bien adelantada; camina muy despacio todo lo largo de las habitaciones. Miró por una ventana, pero no vió á nadie: animado de esta aparente seguridad, se atrevió á bajar la escalera de la torre y entró en el primer aposento. Caminaba hácia el segundo, pero deteniéndose repentinamente por la reflexion, acercó el ojo á la rendija de la puerta. Miró, y vió distintamente una persona sentada con el brazo apoyado sobre una ventana, y este descubrimiento le puso en tal consternacion que en aquel momento perdió toda su presencia de espíritu, y le fue imposible dar un solo paso. La persona que tenia vuelta la espalda hácia él se levantó y volvió la cabeza. La-Motte recobró entonces sus fuerzas, y saliendo del aposento con tanta ligereza y silencio cuanto le fue posible, subió al gabinete, levantó la trampa; pero antes de haberla cerrado oyó los pasos de alguno que entraba en el cuarto precedente. Allí no habia trampa ni cerrojos, ni otra cerradura, y su seguridad dependia únicamente de la exacta correspondencia del

entablado. La primera puerta del cuarto enlosado no tenia ningun medio de defensa, y las cerraduras de la parte interior estaban situadas por la parte de afuera, de modo que no podian librarle de ser descubierto, ni darle tiempo para salvarse.

Habiendo llegado á este cuarto, se detiene, y oye distintamente á varias personas que andaban por el gabinete de arriba: prestando el oido; oye tambien una voz que le llama por su nombre. De repente huye á las celdas de abajo, creyendo á cada momento que iba á abrirse la puerta, y que oye los pasos de los que le perseguian. Habiéndose dejado caer en tierra en la estremidad de la bóveda, permaneció algun tiempo sin aliento: tal era la conmocion que esperimentaba. Madama La-Motte y Adelina, heladas de espanto le preguntaron ¿qué le habia sucedido? pero le fue imposible responder en el momento: luego que pudo hacerlo casi fue inútil su esplicacion, porque el ruido distante que se oia arriba, bien pronto descubrió á la familia parte de la verdad.

Este ruido no indicaba aproximarse; pero incapaz de hacerse superior á su miedo, Madama La-Motte dió un grito. Esto redobló

las congojas de su esposo, y esclamó: "¡Me pierdes! Este grito acaba de descubrir el lugar en que me encuentro." Atravesó las celdas con las manos juntas y á largos pasos. Pálida y muda como la muerte Adelina sostenia á Madama La-Motte, y la costó mucho trabajo el impedir que se desmayase.

"¡Ó Dupras! ¡Dupras! ya estás vengado, dijo La-Motte, con una voz que parecia salir del fondo de su corazon;" y despues de un momento de silencio continuó: "¿por qué trató de engañarme con la esperanza de evadirme? ¿por qué esperaré aquí su llegada, terminando lo mas pronto posible estas angustias que me devoran, entregándome en sus manos?"

Hablando así caminaba hácia la puerta; pero la vista de su esposa contuvo sus pasos. "Detente, le dijo ella; detente por mi amor; detente, no me dejes así, y no te precipites involuntariamente en el abismo."—Seguramente, señor, sois demasiado pronto de genio. Esta desesperacion es tan inútil como mal fundada. No se oye venir á nadie: si los ministros hubiesen descubierto la trampa, ciertamente que estarian aquí mucho tiempo há.—Este discurso de Adelina causó

tal efecto en La-Motte, que apaciguó la agitacion del terror é hizo brillar á sus ojos una débil luz de esperanza. Prestó un oido atento, y viendo que todo estaba tranquilo, se dirigió con precaucion á la cámara enlosada, y de allí al pié de la escalera que conducia á la trampa: esta estaba cerrada, y ni aun se oía el menor ruido arriba.

Largo tiempo permaneció allí, y continuando el silencio se reanimó su esperanza. Al fin llegó á persuadirse que los ministros habian abandonado la Abadía; pero sin embargo no dejó de pasarse el dia en la mas inquieta vigilancia. No se atrevia á abrir la trampa; y muchas veces creia oir algun ruido lejano. Con todo, parecia probable que el secreto del gabinete se habia escapado á sus pesquisas, y fundaba con razon su seguridad sobre esta circunstancia. La noche siguiente se pasó como el dia; es decir, en una temerosa esperanza y en una vela continua.

Pero entonces se vieron amenazados de la falta de víveres. Las provisiones que se habian distribuido con la mas escrupulosa economía, estaban casi agotadas, y una larga mansion en este sitio podia tener las consecuencias mas deplorables. En semejan-

te posicion La-Motte deliberó el medio mas prudente que debia tomarse. No veia otro mejor partido que el de enviar á Pedro á Auboina, única villa de donde él podia volver en el tiempo limitado para sus necesidades. En el bosque tenia mucha caza, y en el rio abundante pesca; pero por desgracia Pedro no se hallaba en disposicion de manejar con utilidad una escopeta ó una caña.

Se convino pues en que Pedro iria á Auboina á buscar nuevas provisiones, y al mismo tiempo lo necesario para componer la rueda del coche, á fin de tener un medio pronto para trasladarse fuera de la Abadía. La-Motte prohibió á Pedro hiciese pregunta alguna sobre las gentes que se habian informado de él, ni de tomar ninguna medida para descubrir si habian salido del lugar; temiendo que con su imprudencia no se vendiese á sí mismo. Le encomendó guardase el mayor silencio acerca de estos particulares, y concluyese su comision saliendo de la villa lo mas pronto que fuese posible.

Pero habia una dificultad que vencer, y esta era la de quién se atreveria á salir el primero á visitar la Abadía para ver si se

habian marchado ya los ministros. La-Motte observó que si él volvia á salir seria infaliblemente perdido, lo que no seria tan cierto si alguno de sus compañeros era descubierto, porque todos eran desconocidos á los ministros de justicia. Ademas era necesario que la persona á quien se enviase tuviese bastante valor para seguir la investigacion, y bastante ánimo para hacerla con prudencia. Pedro poseia la primera cualidad; pero carecia enteramente de la segunda. La-Motte miró á su muger y la preguntó si por amor suyo se atreveria á intentarlo. Á esta proposicion su corazon se estremeció; pero sin embargo no queria negarse ni parecer indiferente sobre un punto tan esencial á la salvacion de su esposo. Adelina notó en su semblante la agitacion de su alma, y haciéndose superior á los temores que hasta entonces la habian quitado el uso de la palabra, se ofreció á ir ella misma.

"Es verisimil, dijo, que tendrán mas consideracion respecto de mí que respecto un hombre." La vergüenza no le permitia á La-Motte acceder á su ofrecimiento; y su muger, á la magnanimidad de semejante

conducta sintió, revivir momentáneamente su primer afecto por Adelina. Esta insistió en su proposicion con tanta viveza y con un tono tan decidido, que La-Motte principió á titubear." Señor, dijo ella, una vez me habeis salvado del mas inminente peligro, y desde entonces vuestras bondades no han cesado de protegerme; así pues no me negueis el placer de merecerlas por un acto de reconocimiento. Dejadme ir á la Abadía, y si con esta diligencia consigo preservaros, me veré suficientemente recompensada del ligero peligro que puedo correr; porque mi satisfaccion á lo menos será igual á la vuestra.

Á este discurso Madama La-Motte apenas podia contener sus lágrimas, y La-Motte con un profundo suspiro dijo: "Pues bien, cedo: id Adelina, y desde este momento miradme como vuestro deudor." Adelina no se detuvo en responderle, y tomando una luz salió de las celdas. La-Motte la siguió para alzar la puerta de la trampa, y la encomendó mirase bien, si la era posible, todas las habitaciones antes de entrar en ellas. "Si fuéreis descubierta, dijo, es preciso responder de modo

que no se me comprometa; vuestra presencia de espíritu os aconsejará mejor que yo..... Dios os guie.

Luego que Adelina partió la admiracion de Madama La-Motte no tardó en ceder á otros movimientos. La desconfianza alejó por grados las buenas disposiciones; los celos despertaron las sospechas; y se dijo á sí misma. "¿Acaso no será posible que un sentimiento mas fuerte que el reconocimiento de Adelina sea capaz de hacerla superior á sus temores? El amor solo la inspira una conducta tan generosa." Nada hay mas conforme á la costumbre del mundo que las sospechas; pero creyendo no poder esplicar la conducta de Adelina sin suponer motivos personales, Madama La-Motte olvidaba seguramente cuanto habia admirado poco antes el desinteres de su jóven amiga.

Entre tanto Adelina sube á las habitaciones altas: los alegres rayos del sol vienen á alegrar sus miradas y á reanimar sus espíritus. Atravesó velozmente los aposentos, y solo se detuvo al llegar á la escalera de la torre: allí se paró por algun tiempo; pero ningun ruido hirió sus oidos sino es el silvido del viento al traves de los

árboles. Al fin pasó todos los cuartos de abajo sin ver á nadie, y los pocos muebles que quedaban en ellos estaban exactamente en el mismo estado en que se habian dejado. Entonces se aventuró á mirar fuera de la torre; pero no descubrió otros objetos animados que los ciervos que pastaban tranquilamente bajo la sombra del bosque. Un cervatillo que Adelina habia amansado, reconociéndola vino saltando á ella, espresando con balidos una viva alegría. Un poco asustada temió que no se descubriese el animal y de consiguiente á ella; y por lo mismo huyó repentinamente por medio de los cláustros.

Abrió la puerta que conducia á la gran sala de la Abadía; pero estaba tan tenebrosa que retrocedió de espanto. Sin embargo, era necesario continuar su visita, y en particular al otro lado de las ruinas, que aun no habia examinado; pero sus terrores volvieron á apoderarse de ella cuando pensó que iba á alejarse de su único refugio y cuán dificil la seria volverse á él. Dudó algun tiempo; pero recordando las obligaciones en que se encontraba respecto de La-Motte, y considerando que quizá no tendria otra ocasion de hacerle igual servicio, se resolvió á avanzar.

Mientras pasaban estas ideas rápidamente en su alma, elevó al cielo sus inocentes manos, y suspiró haciendo una silenciosa oracion: en seguida echó á andar con un paso tímido sobre los fragmentos de las ruinas, mirando con inquietud en su derredor y temblando á cada momento al ruido del viento que susurraba entre los árboles y que tomaba por voces que se correspondian en tono bajo. Á este tiempo llegaba á la esplanada que daba frente del edificio; pero no viendo á nadie sintió reanimarse su valor, y se esforzó á abrir la gran puerta de la sala, aunque acordándose que habia sido condenada por órden de La-Motte, se dirigió hácia la estremidad septentrional de la Abadía, y despues de echar la vista sobre la perspectiva de alrededor tan lejos cuanto la espesura del follage la permitia, volvió á tomar el camino de la torre por donde habia salido.

El corazon de Adelina respiraba en fin: volvia con impaciencia á decir á La-Motte que nada tenia que temer; encontró otra vez en el cláustro á su cervato querido y se detuvo un momento á acariciarle. El animal regocijado de oir el sonido de su

voz redobló sus caricias; pero al mismo tiempo que le hablaba huyó de sus manos precipitadamente. Esto hizo que Adelina levantase sus ojos: la puerta de la galería que conducia á la gran sala estaba abierta, y vió salir de ella un hombre con uniforme militar. Adelina huyó á lo largo de los cláustros con la velocidad de una flecha sin atreverse á volver la vista atrás; pero una voz la gritó que se detuviese y los pasos se adelantaban siguiéndola. Antes de poder llegar á la torre la falta la respiracion, y pálida é inanimada se apoya contra uno de los pilares de las ruinas. El hombre se acerca, y mirándola con una viva espresion de sorpresa y de curiosidad, toma el tono mas dulce, y la protesta que no corre ningun peligro, preguntándola si pertenecia á la familia de La-Motte. Á esta palabra se aumentó aun mas su terror; pero el jóven reiteró su seguridad y su pregunta.

"Si es que está oculto en estas ruinas, dijo el estrangero, sé tambien por qué se oculta; pero es de la última importancia que yo le vea, y bien pronto se convencerá de que nada tiene que temer por mi parte." Adelina estaba tan asustada que la costaba mucho trabajo sostenerse: dudaba

y no sabia qué responder: su semblante parecia confirmar las sospechas del estrangero: ella lo conocia y su embarazo se aumentaba mas y mas. El jóven se prevalió de esto para hacerla mayores instancias. Adelina le respondió al fin que La-Motte habia habitado algun tiempo en la Abadía; "y habita aun señora, interrumpió el estrangero; conducidme adonde yo pueda hallarle..... es preciso, absolutamente, es preciso que yo le vea, y....." "Jamás, señor, replicó Adelina, y os protesto que en vano le buscais." — "A lo menos haré todos mis esfuerzos para ello, pues que no quereis ayudarme. Yo le he seguido ya hasta los aposentos de arriba, y de repente le he perdido de vista: debe estar oculto aquí cerca; y si saliere de estas habitaciones es claro que tienen una salida secreta."

Sin esperar la respuesta de Adelina se dirige á la puerta de la torre. Ésta piensa que seria confirmar la verdad de sus conjeturas si le seguia, y se decide á permanecer abajo; pero despues de haber reflexionado sobre todo, la ocurrió que podia el jóven introducirse sin ruido en el gabinete y quizá sorprender á La-Motte á la puerta de la trampa. Corrió pues á ella á fin de hacer

oir su voz y prevenir de este modo el peligro que temia. Ya estaba en la primera pieza cuando le alcanzó, y al momento principió á hablar en alta voz. El militar registró el aposento con la mas escrupulosa atencion; pero no hallando ni puerta falsa ni otra salida, se dirigió al gabinete. Entonces fue cuando Adelina necesitó de todo su valor para ocultar su agitacion. El jóven continuó su registro. "Sí, repito, está oculto en estas habitaciones, aunque aun no haya acertado á descubrirle. He seguido á un hombre que creo ser él mismo, y no ha podido escapárseme sin que haya aquí alguna salida; y así es que yo no saldré de aquí sin hallarle."

Examina las paredes, las puertas y maderage; pero sin descubrir la menor señal en el entablado el cual efectivamente correspondia al resto de él con tanta exactitud, que el mismo La-Motte no lo habia descubierto con la simple vista, sino por haber temblado la ventana de la trampa bajo sus pies. "Aquí hay, dijo el estrangero, algun misterio que yo no comprendo, y que quizá jamás penetraré." Diciendo ésto se volvió para salir del gabinete; pero ¿quién podrá pintar la consternacion de Adelina al

ver levantarse la trampa suavemente y al mismo La-Motte que se presenta? "¡Ah!" esclamó el estrangero adelantándose hácia él con viveza; La-Motte igualmente se arroja al estrangero y ambos se estrechan en los brazos uno de otro. La sorpresa de Adelina duró un instante y escedió á sus primeros temores; pero un recuerdo hirió repentinamente su pensamiento esplicándola esta escena: antes que La-Motte hubiese gritado: ¡"Hijo mio! ella habia conocido ya quien era el estrangero. Pedro, que desde el pié de la escalera habia oido lo que pasaba arriba, corrió á advertir á su ama el feliz encuentro y muy pronto ésta se halló en los brazos de su hijo. Este lugar, que hacia poco tiempo era la morada de la desesperacion parecia haberse metamorfoseado en el palacio del placer, y sus muros solo repetian los acentos de la felicidad.

La alegría de Pedro era superior á toda espresion; ejecutaba una verdadera pantomíma: hacia cabriolas..... daba una mano con otra..... corria hácia su jóven amo..... le meneaba el brazo á pesar de las miradas severas de La-Motte; iba á un lado y á otro sin saber por qué, y no daba ninguna respuesta acorde á lo que se le pregun-

taba. Despues que pasaron sus primeras emociones, La-Motte, como por una pronta vuelta sobre sí mismo, volvió á tomar su tristeza ordinaria. "He hecho mal en entregarme á la alegría cuando quizá estoy rodeado siempre de peligros. Asegurémonos pues un retiro si aun es tiempo, porque quizá los ministros de justicia vendrán á buscarme de nuevo."

Luis (éste era el nombre del jóven militar) comprendió el discurso de su padre y disipó sus terrores diciéndole lo siguiente. "Una carta del Señor Nemours en que me daba la noticia de vuestra evasion de París, ha llegado á mis manos en Perona donde entonces me hallaba de guarnicion con mi regimiento. En ella se me informaba que habiais pasado al medio dia de la Francia; pero que despues, no habiendo oido hablar de vos, ignoraba él mismo el lugar de vuestro retiro. Cerca de esta época fue, cuando enviado á Flandes, y no pudiendo proporcionarme otras informaciones sobre vuestra suerte, pasé algunas semanas en una penosa inquietud. Al fin de la campaña he obtenido licencia temporal, y al momento he partido para París, esperando que Nemours me indicaría donde habiais hallado un asilo.

No sabiendo él cosa alguna sobre este punto, me dijo que dos dias despues de vuestra partida le habiais escrito desde D* bajo un nombre supuesto, segun habiais convenido con él, manifestándole que el temor de ser descubierto os impediria aventurarle una segunda carta. El Señor Nemours, pues, ignoraba vuestra residencia; pero me dijo que no dudaba hubiérais continuado vuestro camino hácia el medio dia. Por esta ligera informacion he dejado á París para buscaros, y al momento he venido á V.* He sabido que allí habiais estado algun tiempo, á causa de la enfermedad de una jóven señorita; particularidad que me ha dado que pensar, puesto que yo no imaginaba qué jóven podia estar en vuestra compañía: he caminado sin embargo á L* donde creí haber perdido enteramente la esperanza de encontraros. Hallándome sentado y pensativo cerca de la ventana de la posada, descubrí cierto escrito en la vidriera, y la curiosidad me obligó á leerle. Creí reconocer los caractéres, y las palabras que leí confirmaron mi conjetura. Me acordaba de haberoslas oido repetir muchas veces.

Renové mis investigaciones acerca del camino que habriais tomado, y conseguí

que las gentes da la posada recordasen las señas de vuestro rostro, y por ellas os seguí á Auboina. Allí os he perdido de nuevo; pero volviendo de una infructuosa busca de las cercanías, el huesped de la posada en que estaba alojado, me dijo que creia haber oido hablar de vos, y al momento me contó lo que acababa de pasar algunas horas antes en la casa de un herrador. El retrato que me hizo de Pedro era tan parecido, que no dudé habitáseis en la Abadía, y ya sabia la necesidad en que os encontrábais de ocultaros. La negativa de Pedro no fue capaz de mover mi ánimo. Al dia siguiente por la mañana con el socorro de mi huesped he dirigido aquí mis pasos, y despues de haber examinado todas las partes visibles del edificio, principiaba á creer la asercion de Pedro; pero vuestra primera aparicion me probó que el lugar estaba habitado; sin embargo os desaparecísteis tan de pronto que yo no estaba cierto si érais vos á quien acababa de ver. He continuado buscándoos casi hasta la noche, y en el intervalo apenas he dejado los cuartos en que habeis desaparecido á mis ojos: os he llamado á grandes voces creyendo que mi voz podria convenceros de

vuestro error, y al fin me he retirado para pasar la noche en una cabaña próxima á la Selva.

Por la mañana he venido bien temprano para volver á principiar mis pesquisas, y esperaba que creyéndoos en seguridad saldriais de vuestro retiro: ¡ pero cuánto me he engañado! al hallar la Abadía tan solitaria, tan muda como la habia dejado la noche precedente, volvia segunda vez á la gran sala, cuando la voz de esta jóven llegó á mis oidos y ha efectuado el descubrimiento que yo intentaba con tanto cuidado."

Esta corta esposicion disipó de repente los últimos temores de La-Motte; pero temió tambien que las investigaciones de su hijo y el deseo que habia manifestado él mismo de ocultarse, no escitasen la curiosidad de las gentes de Auboina, y contribuyesen al descubrimiento de su verdadera situacion. Sin embargo resolvió desterrar por el momento estos tristes pensamientos, y trató de gozar de la satisfaccion que le causaba la presencia de su hijo. Se condujeron los muebles á un lugar de la Abadía mas habitable, abandonándose las celdas á sus tinieblas.

Madama La-Motte parecia haber recobrado nueva vida: la llegada de su hijo en aquel momento tenia embebidas todas sus afecciones en la alegría. Muchas veces le miraba en silencio con la ternura de una madre, y su parcialidad descubria aun á sus ojos las gracias que el tiempo y la esperanza habian añadido á sus cualidades naturales. Se hallaba en los veinte y tres años de su edad; su persona era varonil; su aspecto guerrero, sus modales francos y graciosos mas bien que distinguidos; y aunque irregulares sus facciones presentaban un conjunto que no podian verse una vez sin desear volver á verlas.

Se informó con tierna solicitud de los amigos que habia dejado en la capital, y supo que en el espacio de algunos meses despues de su partida, varios se habian muerto, y otros alejádose de ella. La-Motte supo tambien que en París se habian hecho las mas esquisitas pesquisas para buscarle, y aunque él esperaba largo tiempo esta noticia, se conmovió de tal modo, que declaró al momento seria muy á propósito retirarse á un pais mas lejano. Luis no titubeó en decirle que le creia mas seguro en la Abadía que en cualquiera otra

parte, y repitió la de Nemours, esto es, que los ministros no habian podido descubrir ningun vestigio de su camino. "Por otra parte, continuó Luis, esta Abadía se halla protegida por una potencia sobrenatural en la opinion del vulgo, y ninguno de los habitantes de estos contornos se atreve á acercarse á ella."

-- "Con vuestro permiso, nuestro jóven amo, dijo Pedro, que esperaba en el cuarto. En verdad que tuvimos un escelente miedo la primera noche que llegamos aquí, y yo mismo, Dios me perdone, creia que esta casa estaba habitada por los diablos; pero en realidad no eran mas que buhos y cornejas."

-- Aquí no te se pide tu parecer. Aprende á callar, dijo La-Motte.

Pedro se quedó avergonzado. Luego que salió del cuarto preguntó La-Motte á su hijo con un aire de indiferencia, ¿qué rumores eran los que se habian esparcido entre las gentes del pueblo? ¡Oh, respondió Luis: apenas me acuerdo de la mitad de ellos: sin embargo he aquí lo que me ha admirado. Cuentan que hace muchos años cierta persona (pero nadie lo ha visto; y así ¡qué fé se puede dar

á esta relacion ?) que cierta persona, digo, fue conducida secretamente á esta Abadía: que fue encerrada en cierta parte de ella; y que hay motivos muy poderosos para creer que acabó aquí sus dias desgraciadamente."

La-Motte suspiró. "Ademas dicen, continuó Luis, que todas las noches la sombra del difunto se pasea por las habitaciones; y para hacer la cosa aun mas terrible, (porque siempre lo maravilloso es lo que mas agrada al vulgo) añaden que hay una parte de las ruinas de donde jamás han vuelto los que se han atrevido á visitarlas. Así, pues, las gentes que no tienen otra cosa en que ocuparse, se complacen en forjar estas visiones imaginarias."

La-Motte se quedó pensativo: al fin, saliendo de su meditacion "¿qué motivos dijo, son los en que se fundan para creer que este prisionero ha sido asesinado." -- "No se han servido de espresion alguna positiva." -- "Es cierto, dijo La-Motte, reponiéndose algun tanto: solamente han dicho que habia tenido un fin desgraciado. "He aquí una distincion bien sutil, dijo Adelina." -- "Pero no puedo comprender

los motivos respondió Luis; porque á la verdad dicen no se ha sabido que la persona conducida á este sitio hubiese jamás salido de él; pero tampoco se prueba que haya jamás entrado. Añaden que aquí se observaba un secreto y un misterio singular despues que la tal persona entró, y que desde entonces el propietario de la Abadía no ha vuelto jamás á habitarla."

La-Motte levantaba la cabeza como para responder, cuando la llegada de su esposa hizo dejar la conversacion sobre este asunto, sin que se volviese á tratar de él durante todo el dia.

Se envió á Pedro para traer provisiones, y La-Motte y Luis se retiraron á examinar hasta qué punto se encontrarian seguros si continuaba su residencia en la Abadía. Á pesar de todos los motivos de seguridad que se daban á La-Motte, en este sitio no podia dejar de temer que las sandeces de Pedro y las investigaciones de su hijo no sirviesen para descubrir su morada. Reflexionó en ello algun tiempo; pero al fin le ocurrió una idea, cual fue que la última de estas circunstancias podia contribuir singularmente á su seguridad. "Si vuelves, dijo á Luis, á la posada de Auboi-

na donde te se ha indicado el camino de la Abadía, y sin mostrar afectacion alguna contases al mesonero que has hallado la Abadía desierta; añadiendo que has descubierto en otro lugar mas lejano la residencia de la persona que buscabas, esto podria hacer que se apaciguasen todos los rumores que circulan ahora, é impediria que se creyese en los que podrian levantarse en lo sucesivo. En fin, si despues de esto pudieses contar bastante con tu presencia de espíritu, y hacerte dueño de tu esterior para describir alguna terrible aparicion, creo que con estas circunstancias juntas al estravío de la Abadía y á la dificultad de salir de la Selva, podria mirarse este lugar como una ciudadela."

Luis consintió en todo lo que su padre le proponia, y al dia siguiente ejecutó su mision con tan buen éxito, que podria decirse que desde entonces la familia iba á gozar de nuevo de la mas perfecta tranquilidad.

Así se terminó esta aventura, la única que turbó á la familia durante su morada en la Selva. Adelina, libre del temor de los peligros que la habian amenazado en la última situacion de La-Motte, y del aba-

timiento ocasionado por el interés que se habia tomado en ella, esperimentó en el fondo de su alma una satisfaccion estraordinaria. Tambien la pareció que Madama La-Motte la miraba casi con su primer afecto, cuya circunstancia despertaba en ella toda su gratitud y la causaba un placer tan vivo como inocente. Adelina volvió á recuperar la misma ternura que la presencia de Luis inspiraba á Madama La-Motte; y por lo mismo se dedicó con el mayor empeño á hacerse digna de ella.

Pero la alegría que esta llegada inesperada habia proporcionado á La-Motte no tardó en desvanecerse, y volvió á derramarse en su rostro el aspecto sombrío del desaliento. Volvió con frecuencia al sitio de sus visitas en el silencio..... la misma tristeza misteriosa en sus acciones y en su conducta vino á resucitar las inquietudes de Madama La-Motte, y esta resolvió comunicárselas á su hijo para que la ayudase á penetrar la causa de esta mutacion.

Sin embargo, no se atrevió á declarar los zelos que tenia de Adelina, aunque esta tormentosa pasion hubiese vuelto á recobrar en ella todo su imperio. Con efecto,

sus zelos la hacian interpretar todas las palabras y las miradas de La-Motte, y que tomase frecuentemente las espresiones ingeniosas del reconocimiento por el amor mas apasionado. Adelina hacía largo tiempo que habia vuelto á sus antiguos y prolongados paseos en la Selva: el plan formado por Madama La-Motte que debia espiar sus pasos, se habia desbaratado por lo que acababa de suceder, y la parecia entonces absolutamente impracticable á causa de su dificultad y sus peligros: emplear á Pedro en esto era entrarle en la confianza de sus temores: seguir ella misma á Adelina era, segun todas las apariencias, descubrir sus proyectos haciéndola que notase sus zelos. Así pues, contenida por el orgullo y la venganza, se veia condenada á los tormentos de la mas cruel incertidumbre.

Sin embargo, habló á Luis de la mutacion misteriosa que habia sobrevenido en el carácter de su marido. Escuchó su discurso con la mas séria atencion: el interés y la sorpresa estampadas en su rostro, dieron á conocer la parte que su corazon tomaba en este asunto: se quedó tambien en una especie de meditacion igual á la de su madre, y desde luego se decidió á observar

los pasos de La-Motte, creyendo muy á propósito su intervencion para servir á un tiempo á su padre y á su madre. Hasta cierto punto descubrió las sospechas de esta; pero como creyó que deseaba disimular sus sentimientos, la dió á entender que lo habia conseguido.

Entonces hizo varias preguntas acerca de Adelina, y escuchó su historia de boca de su madre con grandes demostraciones de interés: manifestó tanta compasion de sus infortunios y tal indignacion contra la conducta desnaturalizada del padre de aquella, que los temores que Madama La-Motte habia concebido en un principio, de haberle descubierto sus zelos, dieron lugar á temores de otra especie, conociendo que la belleza de Adelina habia seducido ya la imaginacion de su hijo, y temblaba que su amabilidad no hiciese sobre él muy pronto una profunda impresion. Aun cuando hubiese conservado sus primeros afectos para con Adelina, siempre hubiera visto con desagrado su inclinacion, como un obstáculo para el adelantamiento y la fortuna á que su hijo debia llegar un dia. Sobre esto fundaba todas sus esperanzas de una prosperidad futura, y miraba el matrimonio

que su hijo podria contraer, como el único medio de sacar á su familia del estado de decadencia en que se encontraba. Esta fue la causa de que pasase ligeramente en su relacion sobre el mérito de Adelina, participando friamente de la compasion de Luis por la desgracia de la jóven, y vituperando la conducta del padre mezcló en su censura ciertas sospechas sobre la de la hija; mas el medio que empleó para reprimir la pasion de su hijo produjo un efecto contrario del que ella esperaba. La indiferencia que manifestaba respecto de Adelina aumentó su compasion hácia esta desgraciada, y la indulgencia que afectaba disculpando y juzgando á su padre, inflamó su indignacion contra la barbarie de este.

Luego que dejó á Madama La-Motte, vió que su padre atravesaba la esplanada, y se internaba en un bosque espeso hácia la izquierda de la Selva. Luis creyó haber hallado una buena ocasion de poner en obra su plan: salió de la Abadía y principió á seguir á su padre de lejos. La-Motte caminaba muy ligero, y estaba de tal modo sumergido en sus meditaciones que no miraba á derecha ni á izquierda, y rara vez alzaba los ojos al cielo. Luis le habia seguido

cerca de una milla, cuando de repente le vió entrar en una calle del bosque cuya direccion era diferente del camino que hasta entonces habia seguido. Apresuró sus pasos temiendo perderle de vista; pero habiendo llegado á la calle, encontró los árboles tan espesos y enlazados entre sí que La-Motte habia desaparecido á sus ojos.

Sin embargo, siguió todavía el camino, que le condujo á la parte mas obscura del bosque que hasta entonces habia visto, y vino á parar al fin á un sombrió parage guarnecido por unos altos árboles, cuyos ramos entrelazados ofrecian una barrera impenetrable á los rayos del sol, no dejando pasar sino una especie de crepúsculo. Luis mira alrededor buscando á La-Motte; pero no le descubre por ninguna parte.

Mientras examinaba este sitio y reflexionaba lo que debia hacer, descubrió en la obscuridad un objeto á alguna distancia; pero las sombras espesas de que estaba rodeado le impedia distinguir lo que era. Adelantándose un poco ve las ruinas de un pequeño edificio que por lo que quedaba de él parecia haber sido un sepulcro, y al mirarle dijo:

«Probablemente aquí descansan las ce-

nizas de algun religioso, ó de algun antiguo habitante de la Abadía, ó quizá de su fundador; el cual, despues de haber tenido una vida de abstinencia y de oracion, ha hallado en el cielo el precio de sus mortificaciones sobre la tierra. Descanse en paz su alma."

Tenia los ojos fijos sobre estas ruinas, cuando vió salir una figura de debajo de la bóveda del sepulcro. Esta figura se quedó como sorprendida al verle; mas al momento desapareció. Aunque á Luis le era desconocido el miedo, no obstante esperimentó en este momento cierta sensacion penosa, y casi al mismo tiempo vino á su imaginacion la idea de que la tal figura era el mismo La-Motte. Se acerca á las ruinas, llama en altas voces; pero todo permanece mudo como el sepulcro. Entonces toma el camino de la bóveda y trata de examinar el lugar por donde la sombra se habia desaparecido; pero la grande obscuridad que reinaba en aquel sitio hizo infructuosas todas sus tentativas. Sin embargo, notó un poco hácia la derecha una entrada á las ruinas, y descendió algunos pasos, caminando por una especie de galería; pero reflexionando que este lugar podia ser tam-

bien la guarida de algunos foragidos, se aterró por el peligro, y se retiró con precipitacion. Volvió á la Abadía por el mismo camino que habia comenzado, y viendo que nadie le seguia, creyéndose fuera de peligro, volvió á sus primeras sospechas, es decir, se persuadió que era el mismo La-Motte el que habia visto: reflexionó largo tiempo sobre esta estraña posibilidad, y se esforzó á hallar el motivo de una conducta tan misteriosa; pero todas sus reflexiones fueron inútiles. No obstante su presuncion se fortificó y entró en la Abadía convencido, cuanto lo permitian las circunstancias, de que era su padre el que habia visto en el sepulcro. Al entrar en lo que servia entonces de salon, se quedó sorprendido al encontrarle sentado con la mayor tranquilidad en compañía de Adelina y Madama La-Motte, hablando con ellas como si hubiese venido hacía ya algun tiempo.

Aprovechó la primera ocasion que pudo para informar á su madre de esta última aventura, y para preguntarla cuánto tiempo habia precedido desde la vuelta de La-Motte á la suya; y sabiendo que habia entrado mas de una media hora antes,

su admiracion llegó al colmo sin saber qué consecuencia podia sacar.

Entre tanto la pasion de Luis, siempre en aumento, se reunió al gusano roedor de la sospecha para destruir en el corazon de Madama La-Motte la amistad que Adelina la habia inspirado en un principio por sus virtudes y sus desgracias. Su dureza se manifestaba demasiado para dejar de notarse por la que era el objeto de ella. Adelina concibió por esto un pesar que la era bien dificil sufrir: con la solicitud y el candor de la juventud exigió una esplicacion sobre esta mudanza de conducta, y buscó ocasion para probar que nada habia hecho con intencion de merecerla. Madama La-Motte, como muger astuta, eludió esta esplicacion, y al mismo tiempo dejó escapar ciertas proposiciones que pusieron á Adelina en mayor perplejidad, y sirvieron para hacer su afliccion presente todavía mas insoportable.

Ella se decia á sí misma. "He perdido esta amistad que era todo para mí; era mi único consuelo..... la he perdido, y esto sucede sin conocer mi crímen; pero gracias al cielo no he merecido este rigor: en vano quiere abandonarme; yo la amaré siempre."

En su dolor dejaba muchas veces el salon, y retirada á su habitacion caia en un abatimiento que hasta entonces habia ignorado.

Una mañana que la era imposible dormir, se levantó muy temprano: la débil claridad del dia que apenas se manifestaba, iluminaba las nubes con una luz confusa, que se desplegaba por grados sobre el horizonte, anunciando la salida del sol: las plantas se mostraban llenas de rocío, y aumentaban la claridad naciente. Al fin el sol alumbrando las montañas y los valles, salió y derramó sus torrentes de luz por todas partes. La belleza de este instante convidó á Adelina al paseo: se marcha á la Selva para disfrutar en él las delicias de la mañana: el coro de las aves que se despiertan la saludan al pasar: el fresco céfiro la acaricia perfumado con las emanaciones de las flores, cuyos colores brillaban mas vivamente al través de las gotas del rocío de que se hallaban cubiertas sus hojas. Caminó á la aventura, sin pensar en lo que se alejaba; y siguiendo el curso y las vueltas del arroyuelo, llegó á una especie de glorieta humedecida con el ambiente: todos los ramos bajando hasta casi tocar al agua, formaban una escena tan romántica y deliciosa que se detuvo y

se sentó al pié de un árbol para contemplar este encanto; tan preciosas imágenes suavizaron insensiblemente su tristeza, y la comunicaron la dulce y voluptuosa melancolía tan amada de las almas sensibles. Permaneció algun tiempo sumergida en la meditacion: las flores que tapizaban el suelo en su derredor parecia que se sonreian; tomaban una nueva vida, y suministraban un objeto de comparacion entre ellas y la situacion de Adelina. Esta reflexionaba y suspiraba al mismo tiempo, y con una voz, cuya melodía encantadora hacia aun mas admirable la sensibilidad de su alma, cantó una cancion melancólica, que en otro tiempo habia aprendido.

Un eco lejano prolongaba sus acentos, y parecia responder á su dulce voz; pero despues de haber repetido los últimos versos, cree que se la responde por otra casi tan tierna como la suya, y menos distante. Muy sorprendida echa la vista en derredor de sí, y vé un jóven vestido de cazador, apoyado contra un árbol, mirándola con la mas profunda atencion, y que anunciaba una alma como en estásis. Mil temores la asaltan y confunden su pensamiento; entonces solo se acuerda de lo distante que se halla de la

Abadía, y levantándose para huir, el estrangero se acerca respetuosamente á ella; mas viendo que se alejaba, bajando sus tímidos ojos se detuvo; continúa Adelina su camino hácia la Abadía, y á pesar de todas las razones que la hacian temblar la persiguiesen, la prudencia la impidió volver atrás la vista. Habiendo entrado en la Abadía, y viendo que la familia aun no se habia reunido para el desayuno, se retiró á su cuarto, y allí todos sus pensamientos se emplearon en formar conjeturas sobre el estrangero. No creyéndose interesada en este encuentro sino con respecto á la seguridad de La-Motte, se entregó sin escrúpulo á la memoria del semblante y nobles facciones que distinguian tan particularmente al jóven que habia visto. Despues de haber profundizado mas sobre todas las circunstancias, tuvo por imposible que una persona de tal esterior pudiese formar el proyecto de tender lazo alguno á un semejante suyo: y aunque no tuviese motivos para fundar sus conjeturas, bastaba lo que acababa de hacer en un bosque desierto. Sin embargo, alejó de sí esta idea, y no quiso pensar en ninguna sospecha injuriosa respecto á su honradez. Despues de haber reflexionado maduramente sobre todo,

resolvió no hablar cosa alguna á La-Motte de esta pequeña aventura, sabiendo bien que un peligro imaginario era capaz de causarle temores reales, y produciria todos los pensamientos y tormentos de que acababa de verse libre; y ademas deliberó suspender por algun tiempo sus paseos á la Selva.

Cuando bajó para desayunarse, observó que Madama La-Motte se mostraba mas reservada con ella que lo que tenia de costumbre. La-Motte entró un momento despues, é hizo algunas observaciones pasageras sobre el tiempo; y despues de haberse esforzado en aparentar carácter alegre, volvió á caer en su acostumbrada tristeza. Adelina examinaba con inquietud el rostro de Madama La-Motte, y cuando descubria en ella un rasgo de bondad era un rayo de luz; pero rara vez permitió á Adelina que se pudiese lisonjear; pues su conversacion era agitada, y muchas veces hacia ciertas alusiones que no podia comprender. Adelina temblaba de aventurar una sola frase, temiendo que sus palabras inciertas descubriesen su pena. Luis llegó muy á propósito para sacarla de este embarazo.

—"Esta deliciosa mañana os ha hecho

salir muy temprano de vuestro cuarto, dijo Luis, dirigiéndose á Adelina."

—"Sin duda teneis un amable compañero, dijo Madama La-Motte. Un paseo solitario ordinariamente no es muy agradable."

—"Estaba sola, señora, respondió Adelina."

—"Ciertamente, vuestras meditaciones deben tener para vos un encanto bien delicioso."

—"¡Ay de mí! replicó Adelina, dejando escapar una lágrima, á mis pensamientos le quedan bien pocos motivos de contento."

—"Eso es demasiado admirable, prosiguió Madama La-Motte."

—"¿Es admirable, señora, que uno sea desgraciado cuando no tiene amigos?"

Madama La-Motte conoció bien toda la fuerza de esta reconvencion, y se avergonzó.

—"Pero (respondió despues de un corto silencio y mirando á La-Motte), vos no os encontrais en este caso, Adelina."

La inocente Adelina estaba bien lejos de sospechar la malicia que envolvia tal respuesta, y asi no hizo á ella atencion alguna; pero muchas veces en medio de sus lágri-

mas se alegraba oir hablar asi á su supuesta amiga, creyéndola sincera. Durante toda esta conversacion La-Motte permaneció absorto en sus reflexiones, y Luis, no pudiendo dudar cuál era el objeto de aquella, miró atentamente á su madre y á Adelina para ver si podia descubrir algo; pero miraba á esta última con una espresion tan llena de ternura y de compasion, que al mismo tiempo descubrió á Madama La-Motte los sentimientos de su corazon; y por lo tanto, replicó á las últimas palabras de Adelina con el aire mas serio: "la amistad no tiene precio sino en cuanto nuestra conducta se hace digna de ella: la amistad que sobrevive al mérito de la persona amada es una desgracia para nosotros."

El tono con que profirió estas palabras afligió á Adelina, que la dijo con dulzura se lisonjeaba de no haber jamás merecido ni merecer semejantes reconvenciones. Madama La-Motte calló; pero Adelina quedó tan penetrada de lo que habia pasado, que las lágrimas corrieron de sus ojos, y ocultó el rostro en el pañuelo.

Luis se levantó, pero no sin conmoverse; y La-Motte saliendo del estado de meditacion en que se encontraba, preguntó

¿de qué se trataba?; pero antes de recibir respuesta alguna parecia haber olvidado que acababa de hacer la pregunta.

—"Adelina puede decíroslo, respondió Madama La-Motte."

—"No he merecido que me trateis de ese modo, dijo Adelina levantándose; mas ya que mi presencia desagrada, me retiro."

Hizo ademan de salir; pero Luis que se paseaba por el cuarto con muestras de hallarse bastante agitado, la tomó de la mano con dulzura, diciendo: "seguramente que aquí hay alguna desgraciada sospecha;" y en seguida queria volver á sentarla en su silla; pero su alma estaba demasiado abatida para sostener una violencia mas larga; y retirando su mano, "dejad que me vaya, dijo: si hay alguna sospecha me es imposible esplicarla." Á estas palabras Adelina dejó la habitacion, y Luis la siguió con la vista hasta la puerta; y en seguida volviéndose hácia su madre.

—"En verdad, señora, la dijo, que obrais muy mal. Apuesto mi cabeza á que Adelina merece vuestro mas tierno afecto."

—"Seguramente que defendeis su causa con elocuencia, señorito. ¿Podré saber lo

que os interesa tanto en su favor?

—"Sus admirables procederes que no pueden observarse sin concebir estimacion hácia ella."

—"Pero quizá os fiais demasiado en vuestras observaciones. Tambien es posible que esos procederes amables os engañen."

—"Perdonad, señora, me atrevo á afirmar que no me engañan."

—"Sin duda que tienes muy bellas razones para hablar así; y yo advierto en tus miramientos, hácia esta jóven *inocente*, que ha acertado en el proyecto de seducir tu corazon."

—"Seguramente: sin quererlo ella se ha atraido mi admiracion, lo que no habria conseguido si hubiera sido capaz de la conducta que la suponeis."

Madama La-Motte iba á replicar, pero se lo impidió su esposo que saliendo de sus meditaciones se informó del motivo de la disputa. "Dejaos de esas contestaciones ridículas dijo con muestras de disgusto; Adelina se habrá olvidado de algun artículo relativo al gobierno de la casa, y una ofensa tan grave merece sin duda gran castigo; pero no me rompais ya mas la cabeza con vuestras miserables disputas; y

si quereis señora disputar, á lo menos que no sea en mi presencia." Á estas palabras deja ásperamente el cuarto; su hijo le sigue y Madama La-Motte queda entregada á sus tristes reflexiones. Su mal humor provenia siempre de una misma causa: habia sabido el paseo de Adelina, y habiendo ido La-Motte muy temprano á la Selva, su imaginacion enardecida por los zelos que abrigaba en su seno, la persuadió que se habian dado una cita, y no la quedó duda de ello viendo que entre la vuelta de Adelina y la de La-Motte habia pasado un corto intervalo de tiempo: pintándola su pasion sus apariencias bajo de los mas negros colores, de modo que ni su larga costumbre de pensar bien, ni la presencia de un hijo habian sido capaces de vencer sus emociones. Miraba la conducta de Adelina en la última escena como una obra maestra de hipocresía, y la indiferencia de La-Motte como un juego: tan ingeniosa era para crearse fantasmas.

Adelina se habia retirado á su cuarto: luego que pasó su primera agitacion hizo un exámen general de su conducta, y no hallando nada de que pudiese acusar-

se, se halló satisfecha de su modo de proceder: su mayor satisfaccion la sacaba de la pureza de sus intenciones. En el momento en que se acusa la inocencia puede ser algunas veces oprimida por el terror del castigo que solo se debe al crímen; pero la reflexion disipa los prestigios del terror, y lleva á lo interior de una alma devorada los consuelos de la virtud.

Al salir La-Motte, se habia dirigido hácia la Selva. Luis le vió, y se reunió con él á fin de penetrar, si podia, la causa de su continua melancolía. "He aquí una mañana hermosa; si vos me lo permitís os acompañaré al paseo." La-Motte, aunque con disgusto, no se opuso á ello; y despues que caminaron algunos minutos, varió de direccion y tomó un sendero opuesto á aquel que su hijo le habia visto seguir el dia anterior.

Luis observó que la calle de árboles que acababa de dejar era mas sombría, y por consiguiente mas agradable. La-Motte aparentaba no hacer mucho caso de esta observacion. "Ella conduce, prosiguió aquel, á un sitio singular que descubrí ayer." La-Motte alzó la cabeza: Luis continuó describiendo el sepulcro y el encuentro que habia tenido. Durante estas palabras La-Motte le miraba con la mayor atencion, y varias veces mudaba de color; luego que acabó le dijo. "Ha sido gran temeridad examinar ese sitio sobre todo atreviéndote á introducir en la galería: te aconsejo que no vuelvas á aventurarte con tanta ligereza en lo espeso de esta Selva: yo no me atrevo á pasar de ciertos límites de ella, y por esta razon ignoro qué habitantes pueda encerrar. Tu relacion me aterra; porque si hay bandidos en las cercanías, yo no me hallo al abrigo de sus rapiñas; bien es verdad que apenas tengo otra cosa que perder que mi vida."

— "¿Y la vida de vuestros compañeros, respondió Luis?"

— "Sin duda, dijo La-Motte."

— "Seria muy del caso tener mas certidumbre sobre este punto; yo pienso en los medios de conseguirlo."

— "Es inútil ocuparse en esta investigacion; tendria sus peligros; quizá la muerte seria el precio de tu curiosidad. El único medio de salvacion es permanecer ocultos: volvámonos á la Abadía."

Luis no sabia que pensar; pero no se

atrevió á decir mas. La-Motte volvió á sumergirse en sus profundas meditaciones, y su hijo tomó de aquí ocasion para lamentarse del estado de abatimiento en que le veia.

-- "Siente mas bien la causa de ella, dijo La-Motte suspirando."

-- "Cualquiera que sea, yo la siento y la lloro con toda mi alma. ¿Podría yo tal vez merecer que me la dijéseis?"

-- "¿Mis desgracias no te son bastante conocidas, respondió La-Motte para que me hagas semejante pregunta? ¿No me veo arrancado de mi casa, de mis amigos y casi de mi pátria? ¿Y puedes preguntarme lo que me aflige?"

Luis conoció la fuerza de esta respuesta y guardó un momento de silencio.

-- "El que esteis afligido no me sorprende, repuso, porque seria en efecto bien singular el de que no lo estuviéseis."

-- "¿Cuál es pues la causa de tu sorpresa?"

-- "El semblante tan alegre que teniais cuando llegue aquí."

-- "Hace poco que llorabas de verme afligido, y ahora no me pareces demasiado satisfecho de haberme visto anteriormente de buen humor: ¿qué quiere decir esto?"

-- "Vos no me entendeis ó no acabais de entenderme: nada podria causarme mayor satisfaccion que el que volviéseis á esta alegría. Al tiempo que yo llegué teniais los mismos motivos de pesadumbre, y sin embargo estabais mas contento."

-- "Sin duda que podrás atribuirte esa gloria sin vanidad; porque tu presencia me reanimó y me siento al mismo tiempo aliviado del peso de mil temores."

-- "Pues qué existe la misma causa, ¿por qué no lo estais ahora igualmente?"

-- "¿Y por qué tú olvidas que es á tu padre á quien hablas ahora?"

-- "No lo olvido, señor: nada en el mundo podria hacer que me aventurase hasta este punto sino fuese mi tierno cuidado por un padre, y descubro con el mas vivo dolor que teneis algunos motivos ocultos de pena: confesadlos, señor, confesadlos á aquellos que tienen derecho á participar de vuestras aflicciones; permitidles que participando de ellas suavicen su rigor." Luis miró á este tiempo

á su padre, y observó que estaba pálido como la muerte; sus labios temblaban al hablarle." — "Cualquiera que sea, dijo, la confianza que tienes en tu penetracion, te ha engañado; sin embargo de tu conjetura yo no tengo otros motivos de pesadumbre que los que conoces, y deseo no vuelvas jamás á suscitar sobre esto la conversacion."

— "Pues que es tal vuestra voluntad debo obedecerla; pero perdonadme señor, sí....."

— "No te perdono, interrumpió La-Motte; dejemos estos discursos;" y diciendo estas palabras aceleró el paso. Luis, no atreviéndose á continuar, volvió en silencio á la Abadía.

Adelina pasó la mayor parte del dia en su cuarto. Despues de haber allí examinado su conducta, trató de fortificar su alma contra los injustos desvíos que la mostraba Madama La-Motte: porque hallar la falta cometida contra ésta, era mas dificil que el absolverse de ella. Adelina amaba á Madama La-Motte: habia contado con una amistad que la parecia todavía preciosa á pesar de sus injustos procederes: estaba segura de no haber merecido perderla; pero Madama La-Motte estaba tan poco dispuesta á una esplicacion, que no habia casi probabilidad de volver á ganar su afecto. En fin, Adelina se resignó hasta el punto de tranquilizarse algun tanto; porque renunciar del todo al recuerdo de un bien real, es menos un esfuerzo de la razon que del caracter.

Se ocupó en algunas obras que habia emprendido para Madama La-Motte, y ésto sin la menor intencion de conciliarse su afecto; sino porque esperimentaba que este modo de corresponder á tan injustos procederes se asemejaba algun tanto á su carácter y sentimientos y á su orgullo. El amor propio es quizá el único quicio sobre el cual se mueven los afectos humanos; porque todo lo que tiene por objeto su satisfaccion personal, puede referirse á este sentimiento. Hay sin embargo ciertos afectos de una naturaleza tan pura que nos parece merecer el nombre de virtud aunque podamos disimular su orígen. El de Adelina era de este género.

Esta ocupó en semejante trabajo y en la lectura la mayor parte del dia que la

fue posible: los libros habian sido constantemente la fuente de su distraccion y de sus placeres: los de La-Motte eran en pequeño número, pero escogidos; y Adelina debia hallar leyéndolos mas delicias que nunca. Cuando su alma estaba afectada por la conducta que usaba con ella Madama La-Motte, ó por algun recuerdo de sus primeros infortunios, un libro era el calmante que la volvia la tranquilidad. La-Motte tenia muchos de los primeros poetas ingleses: Adelina habia aprendido esta lengua en el convento, y por consecuencia se hallaba en estado de conocer y apreciar sus bellezas, y el placer que tomaba en esto se mudaba varias veces en inspiracion.

Al declinar el dia dejó su cuarto para gozar de los bellos instantes de la tarde; pero no se alejó de la Abadía mas allá de una calle que miraba hácia el poniente: leyó un poco, pero no pudiéndose distraer largo tiempo de la escena que la rodeaba, cerró su libro y se abandonó á los encantos de la dulce melancolía que el momento la inspiraba. El aire estaba tranquilo; el sol, descendiendo hácia las colinas lejanas arrojaba un resplandor purpúreo sobre el campo, y una luz suave en los claros de la Selva.

El rocío habia derramado su frescura en los aires: á medida que el sol declinaba se adelantaba la obscuridad con magestuoso silencio, y la escena tomaba un aspecto de grandeza y de solemnidad.

Aquí permaneció algun tiempo, y al volverse á la Abadía Luis se acercó á ella, y despues de alguna conversacion la dijo.

—"La escena que he presenciado esta mañana me ha conmovido demasiado, y esperaba con impaciencia la ocasion de poderoslo decir: la conducta de mi madre es para mí un misterio inesplicable; pero no es dificil descubrir que está agitada por algun error fatal: solo tengo que pediros una cosa, y es que siempre que yo pueda seros útil dispongais de mí."

Adelina le dió gracias por su afectuosa oferta, y fue mas sensible á ella que lo que puede espresarse: "no tengo que reconvenirme por cosa alguna que me haya atraido la enemistad de Madama La-Motte, dijo á Luis; y por esta razon me hallo absolutamente incapaz de poder decir el motivo: he buscado ocasion, y he procurado exigir con la mayor ansia una esplicacion, que con el mismo cuidado ha eludido, en cuyo

caso vale mejor callar: al mismo tiempo permitidme que os asegure de cuanto me penetra vuestra bondad."

— Luis suspira sin responderla, y al fin dijo: "espero que no llevareis á mal que hable á mi madre: estoy seguro de convencerla de su error."

— "Guardáos bien, respondió Adelina, de hacerlo: el disgusto de Madama La-Motte me ha causado una pena inesplicable; pero el obligarla á una esplicacion sería agriar su resentimiento en vez de destruirle: yo os suplico por favor que no intenteis tal cosa."

— "Me someto á vuestra decision, replicó Luis por esta vez, aunque con repugnancia: yo me juzgaria el mas feliz de los hombres si pudiese serviros de alguna cosa."

Pronunció estas palabras con un tono tan tierno, que Adelina notó por la primera vez los sentimientos de su corazon. Una alma mas llena de vanidad que la suya, hubiera mucho tiempo antes aprendido á conocer las atenciones de Luis y á mirarlas como el resultado de algun afecto mas que la urbanidad de un hombre bien educado: sin embargo hizo como que no notaba sus

últimas palabras y guardó silencio, apresurando sus pasos maquinalmente. Luis no habló mas palabra; pero pareció caer en la mas profunda meditacion, y este silencio no se interrumpió hasta su entrada en la Abadía.

CAPITULO SESTO.

De este modo se pasó un mes sin ningun accidente digno de notarse. La-Motte continuaba siempre con su melancolía, y la conducta de Madama para con Adelina, aunque moderada, sin embargo estaba muy distante de tener el sello de la dulzura. Luis manifestaba con mil pequeñas atenciones su gran afecto hácia Adelina, la que continuaba no viendo en ellas mas que un esceso de urbanidad.

Durante una noche tempestuosa sucedió que en el momento en que se preparaban para entregarse al descanso nuestros solitarios, quedaron aterrados al oir el ruido de caballos que se acercaban á la Abadía: al ruido se siguieron diferentes voces; y un gran golpe del llamador de la puerta principal de la Abadía confirmó su primer temor. La-Motte titubeó por largo tiempo, y creyó que la justicia habia descubierto por fin el sitio de su retiro. La turbacion y el terror habian casi trastornado su espíritu; no obstante mandó que se apagasen

las luces y se guardase un profundo silencio, queriendo que no se omitiese la mas pequeña precaucion: creia muy posible que los ministros supusiesen el edificio inhabitado y creyesen haberse equivocado sobre el objeto de sus pesquisas. Apenas habian ejecutado las órdenes de La-Motte, cuando volvieron á llamar de nuevo y con mayor estrépito. Entonces La-Motte se acercó á una pequeña ventana enrejada abierta en el postigo de la puerta, á fin de observar por ella el número y el traje de los estrangeros. La obscuridad de la noche contrarió su designio: descubrió una multitud de hombres y caballos; pero prestando un oido atento, oyó mucha parte de su conversacion. Muchos sostenian que se habia errado el camino; pero una persona que por un tono imponente parecia ser su Gefe, afirmó que la luz que habian visto salia de este sitio; asegurando que habia gente en lo interior. Despues de haber hablado así llamó con mas fuerza; pero no obtuvo otra respuesta que el sordo ruido de los ecos. La-Motte temblaba y no podia dar un paso.

Despues de haber esperado algun tiempo le pareció que los forasteros estaban deliberando sobre el partido que deberian tomar;

pero hablaban en voz tan baja, que La-Motte no podia comprender nada. Se alejaron de la puerta como para irse; pero al momento los oyó entre los árboles hácia el otro lado del edificio, y se convenció desde luego de que no habian abandonado el puesto. La-Motte permaneció algunos minutos en la mas cruel incertidumbre; y dejó á Luis á la reja para pasar á la parte del edificio donde los suponia reunidos.

La tempestad era terrihle, y los silvidos del viento que agitaban fuertemente los árboles impidieron distinguir otros sonidos: solo una vez mientras calmó el viento creyó oir distintamente voces; pero no permaneció largo tiempo en sus conjeturas, porque nuevos golpes á la puerta volvieron á aumentar su terror; y sin pensar en el de Madama La-Motte y de Adelina, huyó para tentar por medio de la trampa el refugiarse al último asilo que tenia para ocultarse.

Los esfuerzos de los sitiadores parecian redoblarse como la violencia de la tempestad. La puerta que era antigua y estaba un poco destruida, salió de su quicio y les franqueó la entrada á la sala. Al momento de entrar en ella dió un grito Madama La-Motte,

que estaba á la puerta de un cuarto próximo, lo que confirmó las sospechas del principal de los viageros, que continuó caminando con tanta ligereza cuanto le permitia la obscuridad. Adelina se habia desmayado, y Madama La-Motte pedia socorro. Pedro, entrando con luz, vió la sala llena de hombres, y á su jóven ama tendida y sin movimiento en el suelo. Entonces uno de los caballeros se acercó y pidió perdon á Madama La-Motte de lo impolítico de su proceder; é iba á dar alguna escusa, cuando descubriendo á Adelina se apresuró á levantarla; pero Luis que volvia á este tiempo, la tomó en sus brazos y suplicó al forastero se ahorrase el trabajo de socorrerla. La persona á la cual se dirigió, llevaba la condecoracion de una de las primeras órdenes de Francia, y tenia un aire de dignidad que anunciaba ser de un rango superior: parecia tener como unos cuarenta años; pero quizá la vivacidad y el fuego de sus facciones hacian menos visible sobre su rostro el peso de la edad. Sin ocuparse de sí mismo, parecia que concentraba toda su atencion en el peligro de Adelina. El semblante agraciado y los modales seductores del caballero disiparon por grados

los temores de Madama La-Motte, y triunfaron del primer movimiento de Luis. Miraba todavía á Adelina insensible con una admiracion tan viva que parecia absorver todas las facultades de su alma. Era un objeto que seguramente no podia contemplar con indiferencia.

Su belleza, con la impresion sensible del desmayo, aumentaba tanto el interés cuanto perdia su frescura: el descuido de su vestido, que se la habia aflojado para proporcionarla una libre respiracion, descubria los atractivos seductores que sus trenzas de ébano, caidas con profusion sobre su seno obscurecian, pero sin ocultarlos.

Entonces llegó un caballero jóven, y despues de haber hablado rápidamente al mas anciano, se reunió al grupo general que rodeaba á Adelina. Su persona ofrecia una mezcla de elegancia y de fiereza; su aspecto era noble, sin ser altanero, y la dulzura mas seductora templaba la vivacidad de sus facciones. Lo que le hacía entonces mas interesante, era la compasion que mostraba por Adelina. Esta abrió por fin los ojos, y el primer objeto sobre que fijó su vista fue aquel forastero que se in-

clinaba hácia ella con el mas tierno cuidado. Á su aspecto el sonrosado de una viva sorpresa se descubrió sobre sus mejillas; porque reconoció en el forastero á aquel jóven á quien habia hallado en la Selva. Al ver la habitacion llena de gente su rostro pasó súbitamente de la palidez al terror. Luis ayudó á conducirla á otro aposento, donde los dos caballeros, que la seguian, renovaron sus escusas por el temor que habian ocasionado. El mas anciano, volviéndose hácia Madama La-Motte la dijo: "vos ignorais sin duda, señora, que yo soy el propietario de esta Abadía."

Madama La-Motte se estremeció. "No os asusteis, señora, estais aquí tan segura como en vuestra casa: hace largo tiempo que yo he abandonado este ruinoso edificio, y me tengo por muy feliz de que os haya podido ofrecer un asilo." Madama La-Motte le dió gracias por su atencion, y Luis le manifestó cuán reconocido se hallaba á la política del marqués de Montalto. Este era el nombre del noble estrangero.

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

Á

LA ADELINA.

El Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula.
Doña Concepcion Coll de Coll.
D. Mariano Arana.
D. Justo Hernandez.
Doña Josefa de Castro.
D. Pascual de Irigoyen.
Doña Concepcion Insa de Baquero.
D. José Vidal, por dos egemplares.
D. José Morales.
D. Luis Aguirre.
El Sr. Conde de Tepa.
Doña Josefa Pastor.
D. Nicolás Bastante.

Doña María Concepcion Sanchez Villaseñor.
D. Narciso Rubio.
D. Francisco de Paula Córdoba é Ibarra, abogado de los Reales Consejos.
La Sra. de Astudillo.
D. Francisco García.
Doña María Pinilla.
D. Marcelo de Teran.
D. Pedro Rodriguez.
Doña Gertrudis Gallego.
D. Roberto Lorenzo Dale.
D. Fernando Lopez.
Doña Juana de Iturvide.
Doña Juana Diaz Valdés.
D. José Delicado y Diaz.
D. Antonio Rújula y Rusel.
D. Joaquin Navarro.
D. Francisco Diaz Tello.
D. Teodoro Ibañez, visitador general del Reino.
D. Antonio Perona.
D. Francisco de Angulo.
D. Crisanto Lopez.
D. Francisco Rodriguez y Galaver.
D. Rafael Autran.
D. Angel García.
D. Cayetano Ayala.

D. Antonio María Tadey.
D. Felix Páramo.
D. Juan Miguel de Inclan.
D. Francisco Campos.
D. Francisco Pedrobueno.
Doña Juliana Fernandez.
D. J. P.
D. M. G. C.
Doña Josefa Montenegro.
D. José Lopez.
D. Pedro de Mora.
D. Joaquin Mayone.
D. Salvador Valdés.
El Srio. de los Estados Unidos.
D. José María Acosta.
Doña María Villalva.
D. Angel Rodriguez Lavandera.
D. Miguel Merchante.
D. José María Busengol.
D. Mariano Boldun y Conde.
D. José Amos Lopez.
D. Ricardo Luengo.
D. Angel María de Urquidi.
D. Tomás de Miguel y Obregon.
D. Bartolomé Miralles.
D. Santiago Márcos.
D. Andrés Villamartin.
Doña Francisca Ariza.

D. José Abades.
D. Ignacio de Pazos.
D. Manuel del Rivero.
Doña María Josefa Mercier de Maza.
El Cónsul general de Inglaterra.
D. J. A.
D. Felipe Gomez.
D. José de Moya.
Doña Cayetana Mayoral.
D. Manuel Lopez.
D. José Nuñez.
D. Luis Molina.
D. S. A.
D. Esteban de la Torre.
D. Fermin Gutierrez Arroyo.
D. José Muñoz.
D. José Montenegro.
D. José Jares.
D. Segundo Martin.
El P. Fr. Vicente Reinoso.
D. Pedro Rivera.
D. Isidro Abarca.
D. Manuel María Damian.
D. Agustin de la Hoz.
D. Mariano San Roman.
D. Leoncio García.
D. Alejandro Sanchez.
D. Julian Ortiz de Lanzagorta.

D. Eduardo Martinez, administrador de Correos en S. Clemente.
D. D. G. L.
Doña Manuela de Huelves.
D. Toribio Rodriguez.
D. Rafael Cano.
D. Manuel Nieto y Castillo.
D. Luis Ortega Morejon.
D. Matías de Horcajada.
D. Ramon de la Fuente.
D. Antonio Lambea.
Doña Manuela Lesparre de Delgado.
D. Francisco de Bartolomé.
D. José María Espinosa.
D. Nicolás Martinez.
D. Gerónimo Armijo.
D. Joaquin Marraci de Soto.
D. Mariano Lucas Abella.
Doña Cármen Constantin.
D. Miguel Lopez del Postigo.
D. Pedro Fernandez Sereno.
D. José Cereceda, en Jaen, del comercio de libros, por dos egemplares.
D. Manuel Sanz, del de Granada, por doce.
Doña María Hernandez y Sobrino, del de Toledo, por dos.
D. Nicolás Delmas, del de Bilbao, por dos.

Los Señores Hortal y Compañía, del de Cádiz, por doce.
D. Joaquin Villanueva.
Los Señores Hidalgo, Barbero y Compañía.
La Señora Doña Manuela Trujillo de Galiano.
D. Manuel Carpio.
Doña Ramona Muñoz de Luna.
D. José Martinez de Arizala.
D. Francisco Rey Romero, del comercio de libros de Santiago, por doce egemplares.
Doña María Luisa Sandoval.

LA
ADELINA.
—
TOMO I.

LA
ADELINA.
—
TOMO II.

LA
ADELINA.
—
TOMO III.

LA
ADELINA.
—
TOMO IV.